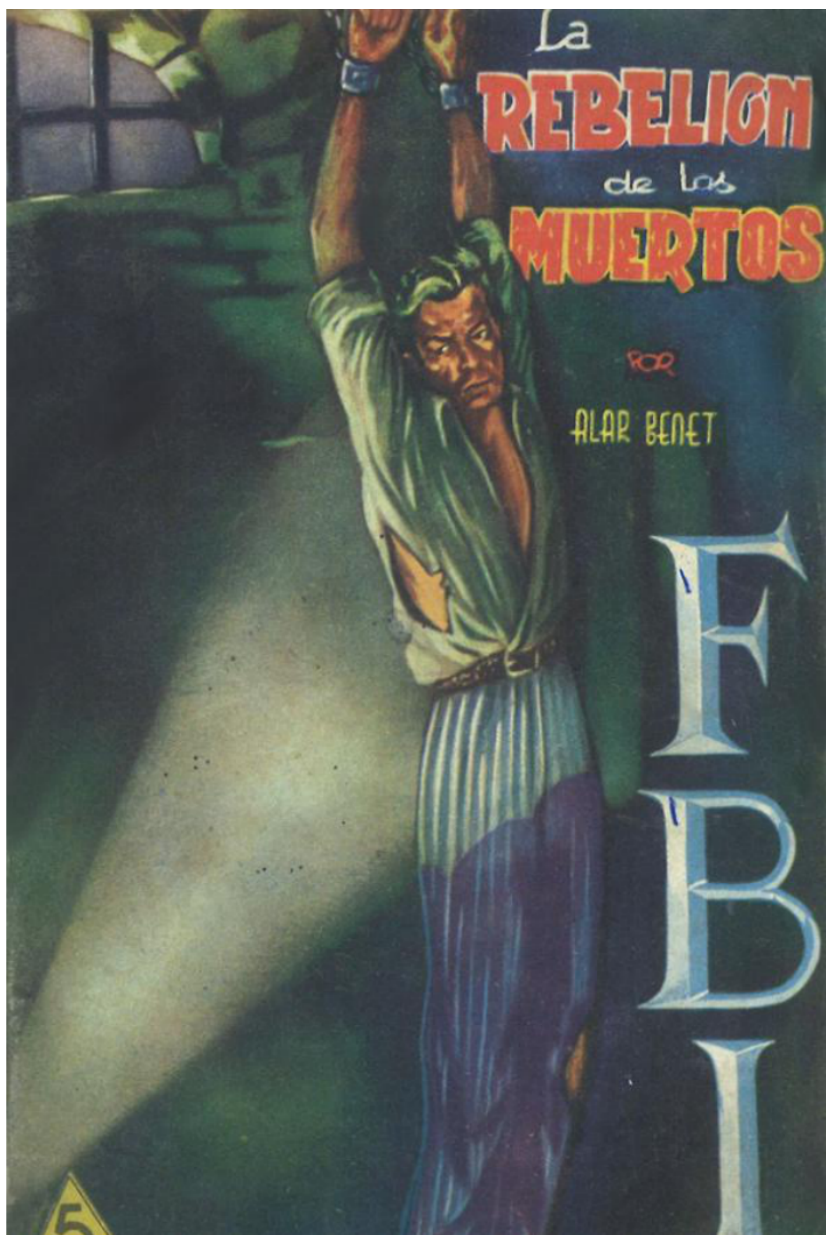




ALAR BENET

LA REBELION de los MUERTOS





San Bernardo, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (3.ª edición.)
Núm. 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (2.ª edición.)
Núm. 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter (2.ª edición.)
Núm. 4.—EL COBARDE, por Alf Manz.
Núm. 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
Núm. 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
Núm. 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter.
Núm. 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
Núm. 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny.
Núm. 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin.
Núm. 11.—SHANGHAI, por Alf Manz.
Núm. 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
Núm. 13.—¡SANGRE!, por Frank C. McFair.

En preparación

T A N G E R
T R A I D O R.

OFRENDA

En homenaje a cuántos murieron en defensa de la
Verdad y la Justicia.

EL AUTOR

I

JOHN KANE JURA VENGANZA



N la tarde gris, la oración fúnebre sonaba impresa de una extraña solemnidad, adquiriendo, por su sencillez y emocionado tono, una grandeza indescriptible.

—Descansa en paz, inspector Harry Temple. La muerte no es el final de la vida, sino el comienzo de una eternidad feliz, reservada para aquellos que perecen defendiendo el bien y la justicia. Tú nos has marcado un camino y en él seguiremos hasta el fin. Que tu ejemplo nos sirva de estímulo en las situaciones difíciles. El

F. B. I.,

tiene desde este momento una razón más de existencia.

El que acababa de pronunciar tales palabras hizo una pausa larga, mientras dos hombres, de aspecto enérgico, firmes, contemplaban el ataúd que contenía los restos del que fue el más valeroso agente especial del Federal Bureau of Investigation.

Los sepultureros, desde respetuosa distancia, contemplaban admirativamente a aquellos seres para quienes la muerte era sólo un acto de servicio.

—Yo juro ante tu cadáver, Harry Temple, vengarte, así como a los dos agentes que te precedieron luchando contra la misma organización criminal.

John Kane extendió una mano sobre la tumba. Sus dos compañeros le miraban impresionados y el silencio más absoluto reinaba en el apartado rincón del cementerio Evergreens, situado entre los Municipios de Brooklyn y de Queens, donde la familia del fallecido inspector poseía una tumba sin lápidas ni mármoles —postreras vanidades— y en la que descansaban los Temple.

Con grandes cuerdas, a la punta de las cuales iban sujetos unos garfios de hierro, los sepultureros acercáronse al grupo para descender el féretro al fondo de la fosa.

Los tres compañeros del muerto, agentes del

F. B. I.,

pusiéronse firmes de nuevo, mientras que sus ojos adquirían una expresión acerada, mortal. Y en ese preciso instante, John Kane, esgrimiendo con increíble velocidad una «German Luger», gritó, apuntando a lo alto:

—¡Cuidado!

Sus dos compañeros, hechos a toda clase de sorpresas, imitáronle, mirando en la dirección que Kane les indicaba. De un helicóptero, que se acercó silenciosamente hasta situarse a cinco metros sobre sus cabezas, arrojaron algo circular y de vistosos colorines. Era una corona, que llevaba una cinta negra con la siguiente inscripción:

«A Harry Temple, el más audaz y peligroso agente
con el que nos hemos enfrentado,
»SUS ENEMIGOS«.

—John Kane, guardando la pistola en la funda sobaquera, comentó:

—Imprudencias como éstas han llevado a muchos «boss» a la «silla».

Callaron los tres de nuevo. Los mozos del cementerio apresuráronse a terminar, pálidos de miedo por lo que acababa de acontecer ante sus ojos.

Joss Blake y Frank Walmout, los compañeros de John Kane, miraron al joven en muda interrogación, pero éste aparentó no comprenderles.

Ya dentro del poderoso «Studebaker», que se deslizaba veloz a través de Eastern Parkway, la gran avenida que enlaza el cementerio Evergreens con el parque Prospect, John dijo:

—Antes no quise contestaros. Todas las precauciones son pocas, pero el acto de hoy indica claramente una nueva faceta en la personalidad del criminal que perseguimos. Es persona inteligente, que admira el valor en los demás.

Hubo un nuevo silencio. Joss Blake, indicó:

—Páranos próximo al Elevated Rairoads[1], hemos de hacer algo todavía. Supongo que tú irás a casa de la esposa y la madre de Temple, ¿no?

—Carezco de valor para ello. No las visitaré hasta dentro de unos días. Ya estamos.

John Kane paró el coche en la avenida Carlton y de él se aparearon sus dos compañeros. Luego, pisando a fondo el acelerador, dirigióse a un «*dancing-hall*», conocido por el nombre de La Selva Negra, pero antes se detuvo en un «drug», mezcla de comercio de comestibles, estanco, farmacia, restaurante y cafetería donde tomó una ligera merienda, consistente en mermelada con mahonesa y café.

Cuando el joven penetró en el «*dancing*» era ya casi completamente de noche, y las mesas comenzaban a llenarse. Sentóse en una de ellas, muy cerca de la pista, pidiendo un combinado con mucha ginebra a un camarero que se acercó solicito. Después se abstraigo de cuánto le rodeaba, con el mal humor de pensar si no estaría perdiendo el tiempo allí, como tantas otras veces.

—Buenas noches, señor Kane.

—Muy buenas. ¿Quieres sentarte?

El recién llegado, Otto Schappe, hombre rígido de anchas

proporciones y de carácter seco, evidenciando bien a las claras su nacionalidad germana, aceptó:

—Gracias. Ya sabe que es un placer conversar con usted, uno de mis mejores clientes.

—Muy reconocido —replicó John—. Sin embargo, creo que voy a dejar pronto de serlo, porque aún no me han indicado la dirección de la sala de juego y sin jugar me aburro. Además, necesito probar fortuna.

—¿Anda mal de dólares?

—Se me está acabando la última remesa, pero eso no quiere decir nada. Mañana, pasado, dentro de una semana, podré enterrarle en dinero.

El alemán, mirando fijamente al joven, dijo:

—Muy interesante.

John Kane distinguió un extraño destello en las pupilas de su interlocutor, el cual, llamando a uno de los camareros, ordenó:

—Sírname «*whisky*» —luego, dirigiéndose a Kane, le preguntó—: ¿Piensa cenar aquí esta noche?

—Sí.

—Entonces, después hablaremos. Tengo mucho que contarle y hasta tal vez enseñarle algo por lo que antes me preguntó. Ahora quisiera que me dijese qué noticias hay de Europa. Me inquieta la posibilidad de una guerra.

—Nadie peor que yo para informarle. Sólo me ocupo de mis asuntos. Por otra parte, las guerras no son tan malas como algunos creen. Todo se resuelve y se desquicia. Bonita ocasión para hacer fortuna a costa de lo que sea. En la vida, lo único importante es ganar dinero para poder gastarlo alegremente.

Otto Schappe, insinuó:

—Parece que la moral no es su fuerte, pero estoy de acuerdo con usted. Insisto en que, si no le importa, dentro de un rato charlaremos. Voy a atender a una visita.

—Como guste.

El alemán se levantó y John siguióle con la mirada, viéndole reunirse con una mujer y pasar los dos a las habitaciones interiores del restaurante.

Noches y noches, Kane había visitado La Selva Negra, dilapidando los dólares y fingiendo, muchas veces, hallarse

embriagado. En el Departamento del

F. B. I.,

había una orden concreta con respecto al «*dancing-hall*». Hacíase preciso establecer en él un absoluto control, pues era el centro de cuántos alemanes de prestigio residían en Nueva York y las posibilidades de un conflicto bélico eran cada vez mayores.

Pero el interés de John Kane era doblemente mayor. Deseaba incorporarse a algún «gang» que actuara en medios aristocráticos e, incluso, de influencia social, para, desde allí, comenzar las investigaciones. Él sabía, por informes especiales del

F. B. I.,

que en torno a Otto Schappe se congregaban los mejores «gángsters» de la ciudad. Por otra parte, la intuición le gritaba constantemente una verdad que él tenía que probar.

Satisfecho de que, al fin, Schappe se decidiera a romper su actitud reservada, se dispuso a escuchar una canción que entonaba una mujer deliciosa, de unos veinticinco años, alta y con un cuerpo dócil a la cadencia de la música de «Jazz». La muchacha, que le había distinguido desde que salió, interpretó todo el número sin apartar sus ojos de John Kane. Al terminar fue directa a su mesa.

—Hola, Sybella. Has estado magnífica.

—Gracias, John. ¿Acompañado?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

Ella señaló la copa de «*whisky*» que pidiera Otto Schappe y Kane se apresuró a aclarar:

—Es de tu jefe. Ha estado un rato charlando conmigo de cosas... muy interesantes.

Había recalcado las dos palabras últimas. La mujer habló:

—Lo sabía. Han estado pidiendo informes de ti antes de decidirse. Conocen tu vida al detalle, hasta lo de Nueva Orleans.

—No sé de qué me estás hablando.

—De sobra lo sabes. Al principio temieron que fueras del

F. B. I.,

pero al enterarse de tu verdadera personalidad se han decidido, Otto necesita hombres como tú.

Mientras mentalmente John Kane, a quién en el Departamento de Justicia se le conocía como al agente Wallman, rendía un tributo admirativo hacia los servicios especiales que tan minuciosamente

cumplieron las órdenes que él les diera, de crearle una falsa y delictiva personalidad, Sybella continuaba diciendo:

—Te harás rico en pocos años y yo podré verte todos los días...

La muchacha bajó la vista ante la mirada fría de Kane, que empezó:

—Ya sabes que me gustas, Sybella, pero los hombres como yo no podemos amar. No te entristezcas. Si vengo aquí es únicamente por verte. No sospechaba lo que Otto Schappe y tú me habéis dicho.

—¿Aceptarás? —inquirió ella con ansiedad.

—Si las condiciones son buenas, ¿por qué no? Ando mal de fondos.

En ese preciso instante las puertas del establecimiento abriéronse de pronto, irrumpiendo en él varios hombres, que comenzaron a disparar contra los espejos y cuánto servía de adorno al local, utilizando para ello ametralladoras «Thompson». Una pareja que bailaba cayó al suelo, segados sus cuerpos por una ráfaga de proyectiles.

John Kane, al primer disparo, se dejó caer al suelo, y, arrastrando con él a Sybella, protegióse detrás de una columna. Desde allí, esgrimiendo la «Luger», aparentemente sin apuntar, hizo fuego dos veces y otros tantos hombres cayeron sin vida. De varios puntos del salón, los hombres de Otto Schappe defendiéronse también y pronto la lucha quedó entablada a muerte.

Los asaltantes habían retrocedido unos metros, disparando las ametralladoras con mortífero acierto.

Conforme apretaba por tercera vez el gatillo de la «Luger», Kane sentía en su corazón un gozo sin límites. Dábase cuenta ahora, tras largos años de servicio, lo mucho que odiaba a los fuera de la ley, a los hombres que estaban convirtiendo Nueva York en un inmenso cementerio. Por su memoria pasó la cara juvenil de Harry Temple y masculló entre dientes:

—No dejaré ni uno con vida.

Su rostro había adquirido una fiera inconcebible. Sybella le miraba, asombrada de la brusca transformación.

En el «*dancing-hall*», en el que primero reinó un griterío ensordecedor, imperaba ahora el silencio, un silencio denso, roto por los disparos de los revólveres y las ametralladoras. Al fin, dejándose dos muertos, el grupo de hombres salió del local y,

subiendo en tres automóviles, se dieron a la fuga. A los pocos minutos oyéronse las sirenas de la Policía.

—Ven conmigo —le dijo Sybella, cogiéndole de un brazo.

John Kane se dejó conducir, penetrando por una estrecha puerta que conducía a varias confortables habitaciones. En una de ellas, donde había varias sillas y un gran marco con el retrato de Abraham Lincoln, se detuvieron. La mujer oprimió una parte de la moldura y el cuadro giró sobre sí dejando al descubierto un estrecho corredor, lleno de puertas a ambos lados. Por fin desembocaron en un confortable despacho, compuesto por una mesa, una librería al fondo y un tresillo de cuero, sobre cuya mesita de centro había una caja con cigarros habanos.

—Siéntate y esperemos a que abajo acaben todas las complicaciones oficiales.

John Kenton encendió un puro y en ese instante un quejido humano, algo semejante al aullido de una bestia, le hizo estremecerse.

—¿Qué es eso? —inquirió.

—Nada, no te preocupes —replicó ella, pálida, levantándose a cerrar la puerta—. Esperemos a que regrese Otto. ¿Quieres coñac?

—Bueno. Después de todo el jaleo conviene entonarse un poco. ¿Quiénes eran los tipos esos de los «ukeleles»? —inquirió Kane, sin dar gran importancia a la pregunta y usando el «argot» de los bajos fondos.

—No lo sé. Es la primera vez que nos ocurre algo semejante; pero, gracias a ti, se han llevado un buen escarmiento. Eres un «big shot»[2] maravilloso.

John Kane reparó en que uno de los departamentos de la librería, entre dos gruesos volúmenes, habíase movido lentamente, por lo que dedujo que alguien les estaba observando. Por eso replicó, fanfarrón:

—Sí. Mis jefes siempre me han considerado un buen elemento, pero muy peligroso, hasta para ellos. No acostumbro dejarme burlar por nadie.

Bebió un sorbo de licor. Luego, volviéndose hacia Sybella, dijo, cambiando de tono:

—Pero no hablemos de cosas tristes, monada, y déjame que te mire despacio. Estás preciosa. Creo que juntos haremos grandes

cosas.

Ella iba a contestarle, rebosante de felicidad, cuando la puerta se abrió para dar paso a Otto Schappe, acompañado de otro hombre, de aspecto brutal.

—¿Se marcharon ya? —inquirió la mujer.

—Sí, Debes ir a comenzar el próximo número. Todo continuará como si nada hubiese sucedido.

La muchacha, comprendiendo la brusca despedida, se despidió de John con una mirada cariñosa. Ya solos los tres hombres, el alemán comenzó:

—Tengo que darle primero las gracias por su intervención. En un minuto puso a dos hombres fuera de combate.

—¿Lo vio?

—Sí, y ello me ha determinado de decidir a hacerle una proposición, pero sentémonos primero.

Lo hicieron. Schappe presentó:

—Creo que es bueno que se conozcan. Éste es Philip Ludwell, el que será pronto su jefe.

—¿Qué tal estás, muchacho? —dijo el presentado, extendiendo su recia manaza.

—Opinando que todo lo lleváis muy deprisa —contestó Kane, dominando su repugnancia y contrayendo los músculos de la mano para evitar que aquel hotentote se la triturase—. Todavía puede que no me decida a aceptar.

—Quinientos semanales —fue la seca proposición de Otto Schappe.

—No está mal —contestó Kane aspirando, voluptuoso, el humo del cigarro—. ¿Y obligaciones?

—Obedecer las órdenes de Philip Ludwell. Nada más.

John, tras de meditar unos instantes, repuso:

—Acepto.

—Me alegro, muchacho —dijo Philip—. Me gustan los hombres como tú. Eres de los pocos que han resistido mi apretón de manos. Se ve que eres fuerte, aunque no lo representas.

—A eso se debe el que esté todavía vivo. Me he visto en muchos malos momentos.

—Le informaré brevemente de algo que debe saber —les interrumpió, seco, Otto Schappe—. Vivirá aquí, entre nosotros. Sí,

como me supongo, se ha fijado, habrá visto puertas a lo largo del pasillo. Son habitaciones, y una le pertenece. Tendrá absoluta libertad para entrar y salir en la casa a las horas que desee, salvo en situaciones especiales. Las traiciones se pagan con la muerte. Comerá y cenará en el salón, como antes, y es conveniente que no utilice mucho la puerta secreta, y que, antes de hacerlo, cierre a sus espaldas, para no ser sorprendido. Me molestan los curiosos, y usted debe limitarse a obedecer.

—¿Algo más? —inquirió John Kane con marcada impertinencia.

—Sí. Le viste un mal traje. Mañana irá con una tarjeta mía a que le hagan ropa. Correrá de mi cuenta. Ese «*smoking*» es una calamidad.

—Bien, jefe.

—Ludwell le enseñará la habitación. Buenas noches.

Y dando la entrevista por terminada, Otto Schappe le volvió la espalda, sentándose en la mesa de despacho, donde ojeó unos papeles.

—Cuando quieras —dijo Kane, dirigiéndose a Philip.

Salieron de nuevo al largo pasillo y, doblando un recodo, anduvieron unos metros. Al pasar junto a una escalera de caracol, a John le pareció oír un gemido. Preguntó:

—¿Adónde lleva eso?

—Abajo —fue la poco convincente respuesta—. Ésta es tu habitación.

Entraron en un reducido departamento, con una cama, una mesa de trabajo, una mesilla y dos butaconcitos. Todo muy ordenado y limpio.

Philip Ludwell, abriendo un armario, habló:

—Aquí tienes bebidas. Como verás, el jefe nos cuida bien. No te embriagues, porque el castigo es severísimo.

—Gracias, amigo. ¿Quieres un cigarrillo?

—Trae.

Kane le ofreció lumbre, sacando del bolsillo del pantalón un encendedor con la forma de una «*browning*». Comentó:

—Resulta un poco grande, pero me he acostumbrado a usarla. ¿Eres de Florida?

—Sí. Nací allí y allí he vivido muchos años. ¿Cómo lo has adivinado?

—Tenéis un acento especial que os acompaña siempre. Yo, sin embargo, soy un producto de Filadelfia.

John Kane deseaba hacer hablar a aquel hombre, pero no lo consiguió.

—Bueno; me marchó. No te preocupes por la forma en que recibas las órdenes. La vida aquí es muy descansada.

—Y ¿no puede uno irse a dormir por ahí? No me agrada hacerlo solo —terminó, con una carcajada, Kane.

—Eso el jefe decidirá. Deja que pase un poco de tiempo. Hasta la vista.

Al quedarse John solo, tras de cerrar la puerta, dirigió, curioso, una mirada a su alrededor. Aquello se parecía mucho a la celda bien acondicionada de una cárcel. La puerta era de hierro, con un pequeño ventanillo que se abría por fuera, y las paredes de cemento, disimulado por una capa de pintura gris. Sentóse tranquilamente hasta terminar de fumarse el cigarrillo y, con la extraña sensación de tener unos ojos fijos sobre él, dejó que transcurrieran los minutos. Sirvióse una copa de coñac, acostándose. Debajo de la almohada encontró un limpio pijama de seda, que se puso, y, pensando en qué motivarían los extraños quejidos que por dos veces oyera, se quedó dormido...



**VALIOSOS PREMIOS EN EL
CONCURSO DE CULTURA POLICIACA
EDITORIAL ROLLAN**

II

EXTRAÑA AVENTURA



UANDO Kane despertó eran las ocho de la mañana. Luego de dar cuerda a su cronómetro, se puso en pie, tarareando una cancioncilla. Había descansado bien y estaba contento, pues, tras muchas jornadas, al fin comenzaba a vislumbrar sus objetivos.

Pensando en dónde se lavaría uno en aquella maldita casa, tan semejante a un presidio, recorrió la habitación con la mirada, reparando, por primera vez, en una disimulada puerta, del mismo color que el resto de la estancia, y, abriéndola, pudo ver un reducido cuarto de aseo, con ducha.

El agua fría, al caerle sobre el cuerpo, le produjo una sensación de fuerza y juventud. Miró a la silla, encontrándose en ella su maleta, dejada allí, tal vez, mientras descansaba. ¿Por dónde entraron si él recordaba haber cerrado la puerta con pestillo? ¿De qué modo consiguieron adivinar su domicilio?

Torturando su cerebro las dos interrogaciones, púsose un traje gris, de irreprochable corte, y en ese preciso instante llamaron con los nudillos. Kane franqueó la entrada, dando paso a un hombre con una bandeja, en la que había un succulento desayuno, que dejó sobre la mesa. Antes de marcharse habló:

—Le esperan fuera.

—Diles que iré enseguida. Después que termine con todo esto, porque el estómago es algo más importante que trabajar.

Desayunó parsimonioso, encaminándose más tarde en dirección al despacho. Sentados le aguardaban Otto Schappe y otro individuo alto, con un bigote a lo Kayser y un monóculo, a quién el alemán presentó como a su secretario Kurt Reiman. Kane no cesaba de mirarle, preguntándose dónde le había visto anteriormente. Sin embargo, el desconocido, que llevaba muy estirado el pelo, apenas si aparentó reparar en él, no dignándose ni aun siquiera extender la mano.

Cambió unas frases en alemán con Schappe, el cual, entregando a John una tarjeta, habló:

—Aquí tiene la dirección del sastre que prometí. Hágase un «frac» y un «*smoking*». Que me pase la cuenta.

—Gracias, jefe. ¿Puedo saber por qué extraño conducto ha venido la maleta hasta mi habitación?

—Conocíamos su domicilio. Aquella cuenta está ya pagada también. Ahí va una semana adelantada. Supongo que tendrá gastos.

Le dio unos billetes. Luego le despidió:

—Tiene todo el día libre. Hasta la noche.

John Kane, antes de marchar, dijo a Schappe:

—¿Me da un cigarro? Los míos se me terminaron.

El aludido, extrayendo del bolsillo izquierdo de su americana una elegante pitillera, la ofreció al joven, que tomó un cigarrillo turco. Luego, parsimonioso, sacando su encendedor en forma de «*browning*», lo encendió, marchándose seguidamente.

Recorrió de nuevo el pasillo que anduviera la noche antes con Sybella, y, al llegar al final, el camarero que le había servido el desayuno oprimió un trozo de pared y ésta se descorrió, encontrándose, a los pocos minutos, en la calle.

Las señas de la tarjeta eran las de un acreditadísimo comercio de Manhattan, y tomando el coche, enfiló en esa dirección, decidido a dar primero un largo paseo.

A través del espejo retrovisor observó que un «Cadillac» iba detrás de él a distancia, y, aparentando no darse cuenta de la persecución, decidido a cerciorarse de sí, efectivamente, era seguido, tomó varias direcciones absurdas, sin que su seguidor le perdiera la pista. Convencido de la certeza de sus sospechas, paró en el Parque de Washington y, saliendo del coche, paseó unos minutos. El «Cadillac» se detuvo también.

Kane, sospechando la identidad de sus misteriosos perseguidores, puso en marcha su «Studebaker», enfilando la Avenida de Myrtle en dirección al puente de Brooklyn, pero antes de llegar a él pisó los frenos, saliendo del automóvil para comprar tabaco. Luego, sin dignarse mirar atrás, seguro de que no le perdían la pista, penetró en el coche, y al guardarse los cigarrillos en el bolsillo exterior de la americana, sus dedos tropezaron con un papel, que sacó, lleno de curiosidad, leyendo: «Cuídese. Le preparan una prueba». La letra estaba desfigurada. Sin duda, el mensaje había sido escrito con la mano izquierda.

Mientras conducía iba pensando en cómo la nota pudo haber llegado a su bolsillo, pues nadie, al menos que él se diera cuenta, se le había acercado. Tal vez la puso allí el individuo que recogiera el traje de la casa de huéspedes en que habitaba.

Incapaz de descifrar la incógnita, puso todo su cuidado en evitar un accidente, dado que comenzaba a atravesar el famoso puente de Brooklyn, que une el Municipio de su mismo nombre con Manhattan.

El paso de los ferrocarriles ensordecía los oídos, y la circulación de coches era grandísima, resultando insuficientes las dos amplias vías para carruajes. Por tres veces hubo de detenerse, aprovechando para contemplar el hormigueo de embarcaciones que pululaban por el East River.

Ya en Manhattan, piso más y más el acelerador. El «Cadillac» le

seguía la pista. ¿A qué clase de prueba irían a someterle?

Decidido a comprobarlo a costa de lo que fuera, paró el automóvil. A su derecha se extendían una serie de hoteles, con pequeños jardines. El paseo estaba adornado con bancos y sentóse en uno de ellos, encendiendo un nuevo cigarro. Con el rabillo del ojo observó que el «Cadillac» se detenía, descendiendo de él un hombre, que, en actitud de paseo, fue acercándose a él lentamente. John, con esa admirable serenidad, adquirida en la Academia del F. B. I.,

aguardó los acontecimientos, sin que ni un músculo de su cara evidenciara la tensión a que estaba sometido. Sonrió ligeramente, oprimiendo con el brazo la «Luger», que nunca le abandonaba. ¡El cazador cazado!

Por fin, aquel individuo llegó a su altura. Llevaba un cigarrillo apagado en la mano y, volviéndose, rogó:

—¿Me da usted lumbre?

Con la mano izquierda, dejando la derecha libre para empuñar la pistola, si era necesario, John Kane, levantándose, extrajo, rápido, su curioso mechero, y el sujeto, palideciendo, retrocedió unos pasos. El joven le tranquilizó con marcada ironía:

—No se asuste, amiguito. Esto enciende.

Y, oprimiendo el gatillo, hizo surgir, a la altura de la recámara, una leve llamita azul.

—Gracias —dijo el hombre, repuesto de su sorpresa—. ¿Me deja que me siente a su lado? Tengo algunas cosas que decirle.

—Podemos hablar los dos en pie —repuso Kane, dispuesto a mantener una actitud defensiva.

—Seré breve. Me llamo Perry Sprague. Soy uno de los hombres que anoche entraron en La Selva Negra, para estropear un poco el establecimiento. El jefe se fijó en usted, de quien ya tenía noticias por nuestro servicio de información, y le propone el ingreso en nuestra banda. Setecientos semanales y un uno por ciento de participación. ¿Qué responde?

—Que todo esto es muy interesante, pero que no acepto. Yo no soy un traidor.

—Entonces habrás de acompañarme. ¡No te muevas o te liquido!

Sprague, que hablaba con la mano metida en el bolsillo de la americana, daba a entender claramente que empuñaba un arma de

pequeño calibre.

John Kane, bromeando, comentó:

—¡Vaya! ¿Y para esto me has seguido durante más de una hora? Sois muy torpes. ¿Supones que me he parado para meterme en la boca del lobo?

—Cierra el «pico» y sígueme.

La acción fue tan rápida, que el «gángster» no reparó en ella hasta que se encontró en tierra derribado por un certero puñetazo. Al caer, en un instinto de defensa, para evitar el golpe, había sacado la mano de la americana. John, con su derecha tocando la culata del arma, le conminó:

—Ponte en pie.

El individuo obedeció, para recibir un «oppercut» en plena barbilla que le tiró al suelo como un pelele privado del conocimiento. Después, John, montando en el «Studebaker», dirigióse a las señas que le diera Otto Schappe.

¡Qué necia la prueba! Intento de soborno y de secuestro para comprobar, sin duda, la fidelidad y la bravura.

Luego de cumplido el encargo, y tras de comprobar que nadie le seguía, se dirigió hacia el despacho privado que estaba usando el F. B. I.

en aquel peliagudo asunto, al cual no habían conseguido todavía ver el principio.

Dejando el automóvil en un estacionamiento de vehículos a pie, recorrió unos metros, penetrando en Sanks Fifth Avenue, uno de los más lujosos comercios del Manhattan, junto a la catedral de San Patricio, y, saliendo por una de sus puertas laterales, cruzó una calle, no muy ancha, para penetrar en un «Sky-Craper»[3], en el que, en un rápido ascensor, ascendió al piso noveno, deteniéndose en una puerta donde se leía: «Lawyer. Private»[4]. Extrajo una diminuta llave del bolsillo y entró en una habitación, que daba paso a una segunda a través de una puerta, cerrada también. Luego, moviendo un cuadro, dejó al descubierto una caja de caudales empotrada en la pared y, marcando una cifra, la abrió, sacando una llave, rarísima en su forma alargada, la que introdujo en la cerradura, franqueando la otra puerta.

De un armario extrajo un pequeño aparato de telegrafía sin hilos y, pulsándolo, transmitió un largo mensaje. Luego, sacando su

«*browning*» encendedor, se dirigió a un cuartito pequeño, donde estaba todo lo suficiente para revelar fotografías, y a los pocos minutos salió con tres positivos, que metió en un sobre con la siguiente nota:

«Dicen llamarse Otto Schappe, Philip Ludwell y Perry Sprague. Van numerados por orden. Interesan antecedentes».

Lo dejó sobre la mesa, seguro de que a la noche estarían en manos de los servicios correspondientes del

F. B. I.

Guardóse el encendedor de nuevo. ¡Quién iba a imaginarse que aquello era una máquina fotográfica y que, cada vez que apretaba el gatillo, quedaba impreso el rostro del que encendían!

John Kane dejóse caer en un cómodo butacón, deseando descansar de la tensión nerviosa a que estuvo sometido durante la mañana. Y entonces, por vez primera, se acordó de la nota que guardara en el bolsillo, no siendo poca su sorpresa al comprobar que las letras habían desaparecido totalmente. Sin duda, el mensaje fue escrito con tinta especial. La introdujo también en el sobre con las «fotos» y agregó: «Interesan huellas dactilares».

Necesitaba meditar sobre los acontecimientos para trazarse un plan de combate. Por su memoria desfilaron todos los sucesos anteriores. Recordaba cómo, hacía aproximadamente un mes, el inspector Rowland, del Estado Mayor del

F. B. I.,

había reunido a tres agentes, entre los que se contaba, para decirles:

—Sabemos, por nuestro servicio especial, que ha entrado clandestinamente en Nueva York un sabio alemán llamado Grotwohl, que ha realizado en su país importantes avances en el terreno de la bacteriología, descubriendo una nueva variedad del bacilo «vírgula», agente provocador, como usted saben, del cólera morbo asiático. En Alemania se han realizado, con el mayor secreto, pruebas especiales para contaminar las aguas. Nuestro servicio de información nos advierte que el nuevo virus puede contaminarse por el aire, mediante el lanzamiento de cohetes de apariencia inofensiva. Es absolutamente necesario localizarle. La situación

internacional es cada día más tensa y, caso de producirse la guerra, los agentes alemanes intentarían provocar el pánico en Nueva York con una epidemia mortal.

Kane recordaba, igual que si lo estuviera viendo, cómo el inspector Rowland había hecho una pausa para continuar:

—Les he elegido a ustedes, John Wallman, que desde hoy se llamará. John Kane; Hugh Carter y Romney Archer, para que, a las órdenes del inspector Harry Temple, desarrollen una acción intensa y descubran el paradero del alemán Grotwohl. Es un asunto vital para la vida de nuestra patria, pues tras todo esto se esconde una importante red de espionaje, que no hemos logrado controlar, a pesar de todos nuestros esfuerzos.

Se interrumpió para saludar a un hombre:

—Hola, Harry. Ya he puesto al corriente a los muchachos de lo que se trata.

Kane evocó la figura del inspector Temple, su gran amigo, el cual, tras de darles las oportunas órdenes, les avisó:

—Utilizaremos la oficina número seis. Ninguno debe aparecer por el

F. B. I.

Nervioso, John Kane encendió un cigarrillo, recordando sus incursiones por los bajos fondos hasta que comenzó a frecuentar, en unión de Temple, el teatro Irving Place, donde, con mucha frecuencia, se daban representaciones en alemán. Hasta que una tarde les llegó la fatal noticia de que Hugh y Romney habían sido hallados muertos en la avenida Flatbush. Al día siguiente, y tras de dejar a Harry Temple siguiendo la pista de un alemán que resultó ser Otto Schappe, recibió un aviso del inspector Rowland, el cual le informó:

—Han asesinado también a Harry, envenenándole. Los periódicos de la mañana publican la noticia a grandes titulares. Él había conseguido adelantar mucho en la investigación, y otro hombre, ignorado para todos, incluso para usted, continuará el servicio. Guárdese, John, e investigue como si estuviese solo en el asunto. El último sitio que frecuentó Temple fue un «*dancing-hall*» llamado La Selva Negra. No interrogue nunca a la muchacha que canta. Mañana no aparezca por el Departamento, aunque lea en la Prensa que añadimos los tres nombres en nuestra lápida de agentes

mueritos en el cumplimiento del servicio. Prefiero que vaya, a las cuatro, al cementerio Evergreens, donde enterrarán, sin honor alguno, al inspector. Aquí tiene un largo informe sobre todo lo acontecido.

Rowland se marchó, dejando en el alma de John Kane un gran vacío. Él ya frecuentaba La Selva Negra, procurando no hacerse notar demasiado, pero ahora sus sospechas se robustecían.

¡Pobre madre y pobre esposa de Harry Temple!

Moviendo la cabeza, en un deseo de alejar de sí la preocupación que le obsesionaba, cerró la puerta, introduciendo la llave en la pequeña arca y, al fin, abandonó el edificio. Como su estómago reclamaba alimentos, se dirigió a un restaurante, donde comió, metiéndose luego en un cinematógrafo.

Ya de noche, entró en el «*dancing-hall*». Sybella acudió, solicita, a su lado.

—¡Si vieras lo que te he echado de menos! —dijo a modo de reproche.

En los ojos de la joven leyó Kane el fuego de un sincero amor. Repuso:

—Yo a ti también, pequeña, pero he necesitado hacer unas cosas. Además, te he dicho ya en otra ocasión, que a mí me está prohibido amar. Cualquiera día terminaré en la «silla» o con un balazo en el corazón.

—No digas eso.

—Es la verdad. No creas que yo siempre haya sido malo, pero la vida me lanzó por este camino y ya no me es posible retroceder. Moriré siendo un pistolero a sueldo —confió el joven con voz cansada a Sybella, en su deseo de profundizar en el alma de la mujer. Prosiguió—: ¿Y tú? En mi vida se explica perfectamente esta transformación, pero tú eres apenas una chiquilla. ¿Qué ha podido traerte aquí?

Ella le miró fijamente, como queriendo calar hasta el fondo la conciencia del que le hablaba. Luego, muy bajo, repuso:

—¡Qué sé yo! Quizá la ambición. Sin embargo, puedo asegurarte que no he cometido ningún acto deshonesto. A veces, Schappe me encarga comisiones fáciles, para las que necesita una mujer. Nada más. Te aseguro que ignora lo que se esconde detrás de todo esto.

Sybella parecía sincera, y John, acariciándole una mano, le dijo:

—Mañana hablaremos. Si me dejan libre, te espero, a las once, en el Central Park, a la entrada que da a la Octava Avenida. Si no te estoy aguardando, márchate. Algo habrá surgido, impidiéndolo. Perdóname que te deje, pero he tenido un día muy agitado y necesito descansar.

Acostado, en espera de que transcurrieran, las horas para llevar a cabo la peligrosa visita que se disponía efectuar, Kane recordó, aún sin pretenderlo, a la dulce Sybella y su corazón se estremeció.

«¡Bah, bobadas!», comentó para sí. A lo largo de sus veintiocho años de vida, jamás conoció el amor y lo despreciaba, estimándolo como algo propio de los seres débiles. Para él, la mujer era únicamente «una cosa que nos distrae con sus tonterías», y nada más. Huérfano de padres desde muy niño, no conoció las ternuras de un hogar, sino la disciplina de un colegio, donde le internaron unos parientes que vivían en Boston. De allí salió para unas oposiciones al Cuerpo de Policía, y luego, tras de innumerables méritos, ingresó en la Academia del

F. B. I.,
en Virginia.

Sin embargo... ¿por qué le preocupaba el porvenir de Sybella? ¿Acaso no formaba parte de aquel grupo de criminales?

Él, que tanto presumió siempre de hombre de hierro y que contempló siempre a las mujeres como objetos decorativos, sentíase impresionado por el porvenir de la muchacha. ¿Cuál fue la causa que le impulsó a citarla para la mañana siguiente en Central Park? Molesto consigo mismo por tan tontos pensamientos, miró el reloj de pulsera. ¡Todavía no eran más que las dos! Necesitaba aguardar una hora más.

Pero ¿a qué tanto pensar en mañana si podía morir aquella misma noche?

Los minutos caían lentos, angustiosamente monótonos para el deseo de John Kane, que sentía hervir en sus venas ese extraño hormiguillo que precedía en él a la acción.

Supuso que, caso de haber centinelas, éstos se hallarían en la entrada del pasadizo secreto, y se prometió a sí mismo ser prudente.

Al fin, cuando su cronómetro marcaba las tres en punto de la madrugada, se tiró de la cama, vistiéndose con extraña calma.

Adoptó a la pistola un silenciador y palpó en una funda, cosida al forro de la americana, el afilado y largo puñal, compañero inseparable suyo desde los comienzos de la carrera y al que debía más de una vez el conservar la vida.

Muy despacio, abrió la puerta de su habitación. El calzado, de suela de goma, no producía el menor roce contra el suelo. A los pocos segundos estuvo en el principio de la escalera de caracol, Junto a la cual le pareció oír la noche anterior apagados lamentos. Con los sentidos tensos y sintiendo cómo sus pulsos latían fuertemente, escalón a escalón, fue descendiendo al encuentro de lo inesperado.

Ya abajo, una tufarada de humedad le dio en el rostro. Estaba, sin duda, en un sótano profundo.

Frente a él se abrían varios pasillos. Ignoraba qué dirección tomar, cuando un quejido, que más parecía un sollozo, le decidió, irrumpiendo por uno de ellos, de donde partían, a su vez, varias galerías más, iluminadas pobremente por bombillas de poco voltaje.

John Kane no pudo contener un estremecimiento ante el sonido constante, al que se acercaba más y más. Al fin, desembocó en un cuadrilátero, en cuyo centro había una especie de piscina, llena de agua turbia, y en uno de los laterales, una puerta, como la de su cuarto. Los quejidos oíanse más claramente.

Pegando el cuerpo a las paredes, en su deseo de no proyectar ninguna sombra, fue acercándose hasta mirar por la ventanilla. Lo que sus ojos vieron le llenó de terror y de ira. De una barra, que cruzaba la habitación, había colgado, de las muñecas, un hombre semidesnudo, de manera que la punta de sus pies rozara apenas el suelo. El rostro del condenado a tan bárbara tortura estaba pálido y sudoroso y de sus labios escapábase un gemido constante, como el estertor de un moribundo. ¿Quién podía ser aquel desgraciado?

Cubriéndose el rostro con su pañuelo, para evitar ser reconocido, Kane empujó levemente la puerta, murmurando:

—Silencio. ¿Quién es usted?

El desconocido, con una sonrisa amarga, replicó, débilmente:

—¿Es un nuevo procedimiento para interrogarme?

—Le aseguro que vengo a salvarle. Dígame su nombre.

—No le creo.

En ese mismo instante oyéronse unos pasos, y John,

percatándose de lo grave de su situación si era sorprendido allí, esgrimiendo el puñal, se echó a un lado, de forma que la puerta le ocultara al abrirse, cosa que sucedió a los pocos segundos, entrando el hercúleo camarero que la mañana anterior le sirviera el desayuno.

—El jefe me manda a preguntarte si estás dispuesto a hablar.

Y como el interpelado no contestara, aquel miserable, cogiendo un látigo que había en uno de los rincones, se dispuso a azotarle, diciendo:

—Tal vez esto te suelte la lengua.

Más al arquear ligeramente el cuerpo para descargar el primer golpe, sus ojos descubrieron a Kane, el cual, sin un segundo de vacilación, clavó su cuchillo hasta el mango en la garganta del hombre, que se desplomó pesadamente al suelo. Rápido como el pensamiento, John le cogió entre sus robustos brazos y, con sumo cuidado, le dejó caer dentro de las aguas del reducido, pero profundo, estanque, que se cerraron, borrando toda huella del cadáver. Tan rápido había sido todo, que ni una gota de sangre manchó el pavimento.

John penetró nuevamente en la celda. Los ojos del torturado brillaban con más animación.

—¿Me cree ahora? —Interrogó.

—Sí. Soy...

En tan preciso momento, un timbre agudo comenzó a atronar el espacio. ¡Había sido dada la alarma!

Comprendiendo que de la velocidad con que actuase dependía su existencia y con ella la venganza de sus compañeros muertos y el cumplimiento de su sagrado deber, en breves segundos recorrió la galería, encontrándose en la habitación circular de donde surgían los distintos pasillos. Iba a atravesarla, cuando los pasos de varios hombres lo contuvieron. Pegándose al hueco de una celda, aguardó, con el puño crispado en el mango del cuchillo. Tres cuerpos pasaron junto a él, sin verle. Esperó aún breves instantes, y, adentrándose por un corredor, se encontró al pie de la escalera de caracol, que subió rápido, deseando encontrarse dentro de su cuarto. Al alcanzar el pasillo que distaba varios metros de su habitación, vio a lo lejos a Sybella correr hasta desaparecer en un recodo y no pudo menos que preguntarse a qué obedecería la actitud de la muchacha que, sin

duda, no le había visto.

Avanzó un paso y sintió que algo cedía bajo sus pies. En un salto felino, inverosímil, consiguió librar su cuerpo de una trampa que habíase abierto de pronto en el suelo. De una zancada penetró en su habitación, sentándose en una de los butacones. ¡No podía negar su suerte aquella noche! ¿Quién habría dado la alarma?

Sirvióse una buena dosis de «*whisky*», y cuando iba a beberlo la puerta se abrió, penetrando Philip Ludwell y Perry Sprague, el individuo que horas antes, en Manhattan, recibiera sus dos formidables puñetazos.

—¿Cómo estás vestido? —inquirió Ludwell con una sombra de sospecha en sus ojos.

Kane, recordando sus prácticas de fingimiento y dispuesto a todo, bebió despacio para responder calmoso:

—Lo hice por si me necesitabais. He oído mucho jaleo de timbres ahí fuera.

El «gángster», convencido, ordenó:

—Pues acertaste. Alguien extraño está en la casa y ha hecho sonar la alarma. Es imposible que escape porque le tenemos rodeado. Tú irás con Perry. El dará órdenes.

—Conforme, hombre. Precisamente este «pollo» y yo hemos tenido esta tarde una agradable conversación, ¿verdad? —inquirió John con desfachatez.

El aludido no respondió, mirándole torvamente. Kane, que estaba contento por hallarse fuera de toda sospecha, se dispuso a actuar, palpándose ostensible y fanfarronamente la pistola; pero Philip Ludwell, entregándole una especie de llave de hierro que se adaptaba a los nudillos, indicó:

—Toma esto. Hay que cogerle vivo.

—Conforme.

Salieron los tres hombres al pasillo, y mientras el «boss» descendía por la escalera de caracol, Perry Sprague dijo:

—Por ahí.

Y comenzó a caminar en la misma dirección en que Kane viera desaparecer a Sybella.

Conforme andaba, fue adquiriendo la certeza de que la muchacha era la causante de todo aquel alboroto, y se dispuso a salvarla a cualquier costa.

Torcieron por un nuevo dédalo de corredores, llegando a un gran patio, en cuyo centro había un helicóptero. El cerebro de John trabajaba a una velocidad espantosa. Era mucha la coincidencia para que no fuese el mismo que arrojó la corona de flores en el cementerio.

Contrajo los dientes en un gesto de furor, y miró hacia arriba divisando un espacio de cielo tachonado de estrellas. A distancia, oíase la canción del agua. Sin duda, alguna corriente se precipitaba no lejos de allí.

En realidad, ¿dónde se hallaban? Habían caminado por espacio de quince minutos, y Kane estaba desorientado. El joven iba mirando a todos los rincones, detrás del «gángster» que, sabiendo guardadas sus espaldas, no se molestaba en mirar detrás de él. Al fin, John vio recompensadas las fatigas de la noche. Detrás de unos fardos, mirándole con terror, vio a Sybella. Haciéndole un gesto de silencio, John se detuvo mientras Perry Sprague doblaba un nuevo recodo. En voz muy baja le dijo:

—¿Sabes conducir un autogiro?

—Sí —replicó ella muy débilmente.

—Sigue esta galería, tuerce a la derecha y encontrarás uno. Buena suerte.

Y apretando el paso, alcanzó al otro hombre que había parado frente a una doble verja de hierro, a través de la cual oíase un lejano rumor.

—Por aquí no hay nada, muchacho —dijo—. Volvamos a atrás a reunirnos con los otros. Quizá hayan tenido más suerte.

Kane, deseando ganar unos minutos, sacó el paquete de cigarrillos y, dándole uno a Sprague, comenzó a hablar:

—Disculpa lo de esta mañana. No sabía quién eras y tuve que defenderme. No me agrada tener enemigos entre las personas con quienes trabajo.

Perry, de necia mentalidad, halagado por la reconciliación que se le pedía, repuso, golpeándole la espalda:

—Nada, amigo, no te preocupes. Te aseguro que no te guardo rencor. ¿Vamos?

—Sí; pero antes, ¿puedes decirme dónde lleva esa galería tapada por la reja?

—Al río —fue la respuesta lacónica.

Fumaron unos minutos, y Sprague, sin una palabra más, arrojando el pitillo, comenzó a caminar, no sin antes advertir:

—Tíralo. No conviene avisar a nadie nuestra presencia.

Cuando llegaron al patio, el helicóptero no estaba allí. El «gángster», advirtiéndole, apretó el paso, mientras Kane le seguía con el júbilo en el corazón.

¿Acaso no se alegraba demasiado de la salvación de aquella mujer?

Recorrieron a marchas forzadas las galerías hasta penetrar en el despacho, donde Otto Schappe y Kurt Reiman, el individuo que hacía las veces de secretario, escucharon la noticia sin parpadear. El primero rugió:

—¡Cuadrilla de imbéciles!

Y tocó unos timbres que había detrás de su mesa. John Kane, viendo cómo se movía el mismo hueco de la biblioteca, que en su primera entrevista, lo que indicaba que estaban siendo observados desde allí, exclamó con desparpajo:

—A nadie se le ocurre, con una «visita» en casa, tener un autogiro en disposición de vuelo y no poner un centinela junto a él. Me voy a convencer que no sois tan listos como parecéis.

—¡Cállese! —gritó Schappe, violento.

—Como mande, jefe; pero todavía le quedan muchas cosas que aprender. Cuando yo trabajaba en Filadelfia...

Kane, que se había sentado en uno de los butacones del despacho, se dispuso a contar toda una sarta de mentiras; pero el alemán le interrumpió de nuevo:

—¡Déjese ahora de historias!

Luego, simulando coger un libro, Schappe se acercó a la anaquelera, sin duda, según pensó John, para recibir órdenes.

Kane, poniéndose en pie, dijo:

—En realidad, no sé qué es lo que yo pinto aquí. Me marchó, jefe. Si me necesita, ya sabe dónde estoy. Así le libro de mi presencia que, al parecer, no le agrada.

¿Quién podría ser el individuo que se escondía en la habitación inmediata?

Otto Schappe, viendo cómo el joven disponíase a cumplir su palabra, habló más amablemente:

—Quédese. Usted ya es de confianza entre nosotros.

—Gracias.

Mientras se sentaba, miró una vez más el rostro frío e inescrutable de Kurt Reiman, preguntándose dónde le habría visto antes. En su persona encontraba algo familiar.

Philip Ludwell entraba en aquellos momentos.

—He mandado a los muchachos a sus habitaciones al oír el timbre con que dio el final de la alarma. ¿Le capturaron?

—No. Marchó en el autogiro. ¿Algo de particular? —inquirió el dueño de La Selva Negra.

—Sí. Bypass ha desaparecido.

—Buscadle por todos los rincones. Quizá haya sido herido y esté sin conocimiento. Le mandé a hablar con el prisionero unos segundos antes de que se hiciera la alarma. Acompañales tú, Sprague.

Salieron todos, quedando solos en el despacho John Kane, Kurt Reiman y Otto Schappe. Éste dijo:

—Bueno, amigo. Deseaba hacerte una pregunta.

—Venga.

—¿Podemos contar contigo, incondicionalmente, para todo?

La respuesta fue cínica, propia de un auténtico fuera de la ley:

—Si lo pagan bien, sí; pero escúcheme antes de que siga hablando —el agente del

F. B. I.,

había, concebido un plan audaz y disponíase a ponerlo en práctica. Los dos alemanes le oían con atención—. Yo podré haberlo sido todo en este mundo, menos traidor. No le voy a reprochar la prueba de esta mañana en la que le tuve que romper las narices a ese Perry. Me parece muy natural; pero a mí no puede engañármese. Yo no soy un hombre que trabaja como un autómatas, sino que tengo cerebro y me gusta usarlo. Al parecer se han convencido de que es necio seguir con prevenciones conmigo, dándose cuenta de que sirvo para algo más que esos brutos que andan por ahí fuera buscando a quién sea.

—Bueno, pero... —quiso interrumpirle Schappe.

—Voy al grano. Ustedes tienen la palabra. Si prefieren seguir ocultándose, que es lo que perseguimos en común, háganlo; pero yo me limitaré a ser uno más. Quiero saber siempre por qué actúo; si por el contrario me «honran» con su confianza, empiecen a

«desembuchar»; más antes dígame usted a ese que nos observa desde el agujero, que salga para verle la nariz. No tengo un pelo de tonto y me molesta que me miren sin ver quién lo hace.

Schappe y Reiman cruzaron una mirada. Desde la librería se oyó una voz:

—Eres muy listo, muchacho, y serlo es peligroso. Sin embargo, me gusta tu modo de ser y te prometo que dentro de una semana hablaremos cara a cara. Antes tienes que llevar a cabo tres trabajos importantes que se te comunicarán.

—De acuerdo, jefe. Ya le recordaré la promesa —respondió Kane levantándose. Después, dirigiéndose a Schappe, interrogó—: ¿Puedo marcharme ya a dormir? Me estoy cayendo de sueño.

El alemán accedió con la cabeza, y a los pocos minutos el joven, tendido sobre la cama, hacia un repaso mental de lo que consiguiera hasta el momento.

Cuando, rendido por la fatiga y las emociones, se durmió, vio turbado su descanso por la figura atrayente de Sybella, que se acercaba a besarle en los labios...

TODAVIA SIGUE EN VIGOR
nuestro
CONCURSO DE CULTURA POLICIACA
Entérese de las bases en las novelas de
F . B . I .
EXTRAORDINARIA DEL OESTE
N E V A D A

III

ASESINATO EN BROADWAY AVENUE



las ocho esté paseando por el comienzo de Broadway, en la acera de la derecha. Allí recibirá órdenes, le había dicho Schappe.

Teniendo todo el día por suyo, John Kane se dispuso a acudir a la cita que le hiciera a Sybella.

La Selva Negra hallábase situada en la avenida de la Unión, en Brooklyn, llamado con justicia «el dormitorio de Nueva York», pues la mayor parte de sus habitantes viven durante todo el día en la «City». Kane subió a su coche para, tomando la avenida de Fifth, alcanzar la de Flatbush y, pasando a la de Fulton, desembocar en el

puente de Brooklyn, desde donde cruzó al Manhattan.

Cuando llegó al Central Park, en la entrada que da a la Octava Avenida, faltaban aún diez minutos para la hora de la cita, que él concertó ignorante de la importancia fundamental que iba a tener unas horas después.

Quiso dominar su inquietud ante el temor de que a Sybella le hubiese sucedido algo, y paseó nervioso, no pudiendo olvidar las muchas veces que vio a la que él aguardaba ahora, sentada en la misma mesa de Harry Temple, su compañero envenenado. ¿Hasta qué extremo había sido Sybella cómplice de asesinato? La orden de Rowland le ataba de pies y manos para investigar en ese sentido. «No interrogue nunca a la muchacha». La frase fue tajante, como la actitud del inspector muerto al pasar junto a él tantas noches en el «*dancing*», sin aparentar conocerle.

John Kane, deseando alejar tales sucesos de su imaginación, detúvose frente al monumento en mármol dedicado a Cristóbal Colón, pensando en que hoy, como antaño, la vida requería del valor y del desprecio a la muerte de los hombres. Sí el navegante abrió al mundo el camino de América, ellos tendrían que conservarla frente a ese mismo mundo que se agitaba convulso en los bordes de una guerra.

Transcurrieron quince minutos, cinco más de los previstos, y en el instante en que empezaba a desconfiar de la presencia de Sybella, ésta apareció, disculpándose:

—Perdóname. Calculé mal el tiempo, aunque en realidad he estado a punto de no venir. Le temía a este encuentro.

—¿Por lo de anoche? —inquirió él, estrechando la mano que la muchacha le ofrecía.

—Sí.

Kane, siguiendo un plan que se había trazado anteriormente, repuso, aparentando no darle importancia a lo sucedido:

—¡Bah! No hablemos ahora de eso. Lo interesante es que yo hasta las ocho estoy libre. Pasaremos el día juntos. Te convido a comer y todo.

—No puedo. A las dos he de hacer una visita. Sin embargo, podemos charlar hasta esa hora.

—Aceptado.

Los dos jóvenes, del brazo, igual que una pareja más de

enamorados, penetraron en el interior del gran parque. Iban en silencio, admirando las maravillas naturales y, al fin, se detuvieron junto a uno de los muchos lagos que festonean de azul el maravilloso lugar. Varios patos, con sus ridículos movimientos, surcaban el agua.

—Es hermoso todo esto, ¿verdad? Resulta inconcebible que los hombres nos matemos cuando la vida, en su origen, es un canto de paz, de hermandad. A veces si me olvido de la existencia que arrastro, no puedo menos que sentirme feliz y esperanzado.

Ella le miraba con asombro. Él, sin aparentar darse cuenta, prosiguió:

—No sé por qué, Sybella, pero me inspiras confianza. A mí me perdió una verdad que leí cuando todavía era un hombre honrado: «En la naturaleza de la mujer, los cambios más hondos los ejecuta el amor; en la del hombre, la ambición».

Se habían sentado los dos en la cinta de piedra que bordeaba el lago. La muchacha, replicó:

—Ahora me confirmo más en mi idea, John, de que eres bueno. Al recordar tu anterior vida, de hombre decente, lo haces con el dolor de lo perdido, pero aún eres joven, y siempre queda tiempo para rectificar.

—No lo creas. A los diecisiete años cometí mi primer delito, un robo en un lugar de toda mi confianza. Habían muerto mis padres y estaba al cargo de unos tutores que me arrojaron a la calle, convirtiéndome en lo que soy. No se lo reprocho, porque tuve yo la culpa; pero son demasiado severos los hombres, y a veces, con su intransigencia ante una primera falta, empujan a los seres por caminos de perdición.

Hubo una pausa que Sybella creyó era triste, rememorando los días pasados, cuando, en realidad, no era otra cosa sino el recordar mejor la falsa historia, necesaria para la consecución de sus fines. Continuó:

—Pasé hambre y frío, hasta que un día, en defensa propia, me vi obligado a matar. A partir de ese momento, convertido en un fuera de la ley, fichado por el Departamento de Policía... —Hizo una brusca transición—. En fin, no hablemos de cosas tristes, Sybella. Cada uno lleva la vida que le corresponde porque tenemos libre voluntad para elegir el camino. Eso de las circunstancias, la

debilidad o el temor son palabras para justificar nuestra propia bajeza. ¿Quieres un cigarrillo?

—Trae. Lo necesito. Me has impresionado —mientras encendía con la «*browning*» de Kane, ella no cesaba de mirarle. Por fin, inquirió—: ¿No has encontrado nunca el amor?

—Hasta ahora, no —fue la desconcertante respuesta—; pero desde que te he conocido...

—¿Qué? —En el interrogatorio de Sybella había una ansiedad indescriptible.

—... desde que te he conocido —repitió, doliéndose de la comedia que el cumplimiento del deber le forzaba a representar—, en mi vida ha entrado como una luz nueva de ilusión. Soy un hombre duro, de lucha, que siempre creyó que el romanticismo era propio de caracteres enfermizos; pero hoy, a tu lado, siento ganas de inclinar mi cabeza sobre tu hombro y enredar tus cabellos con mis labios...

La joven, emocionada, se aproximó a él hasta que sus cuerpos quedaron muy juntos.

—¿Por eso me salvaste anoche?

—Sí. Cuando salía de mi habitación te vi desaparecer al fondo del pasillo y me propuse ayudarte a costa de lo que fuese. El autogiro nos dio la solución. ¿Cómo se te ocurrió meterte en esa guarida de fieras? Y si lo hiciste, ¿por qué no tomaste las debidas precauciones para no provocar la alarma?

—Estuve varios días documentándome, pero resulta que existía otro dispositivo que yo ignoraba. Al oír sonar el timbre, intenté volverme: pero la puerta secreta se abría para dejar paso a un hombre. Tuve que internarme por aquel dédalo de corredores.

Calló. Él la miraba en muda interrogación. Comprendiéndolo así, Sybella suplicó:

—Antes me has contado tu vida, John; pero hoy yo no puedo hacer lo mismo, ni decirte los motivos que me impulsaron a lo de anoche. Sin embargo, te juro por lo que más quieras que no hay nada reproable en mi conducta. Es posible que dentro de muy poco pueda contártelo todo. Ahora significaría mi muerte y la tuya.

Aunque había desesperación en la voz de la joven, Kane replicó sordamente, decepcionado:

—Pobre amor el que no es capaz de la confianza. Creo que antes

he hablado como un necio.

John se levantó nervioso, exteriorizando su disgusto. Sybella, llorando, con el rostro desencajado por la desesperación, casi gritó:

—¡No!... ¡No te vayas así! Te quiero con toda mi alma, John. No me dejes. Yo soy...

Se veía que luchaba con una fuerza superior a ella misma. Al fin, rendida por el esfuerzo, dejó caer con desaliento su rostro sobre el pecho de él y, presa de una verdadera crisis de nervios, sollozó:

—¡No puedo, John, no puedo!

Su cuerpo, abrazado al del hombre, temblaba fuertemente. Kane, sintiendo lástima de aquella muchacha y comprendiendo que nada adelantaba forzándola más, le acarició el cabello, diciéndole:

—Vamos, Sybella, no seas niña. Yo te quiero de todas formas. Tranquilízate...

Vertiendo palabras cariñosas consiguió calmarla al fin. La mujer, mirándole con infinita ternura, sólo supo exclamar:

—Eres muy bueno...

A la hora ordenada por Schappe, John Kane paseaba por Broadway Avenue, preso de creciente mal humor. Por un lado remordíale la conciencia el papel que estaba representando cerca de Sybella, y por otro, no podía menos de reconocer que la muchacha íbasele metiendo poco a poco en el corazón, pues conforme recordaba el contacto de su cuerpo y el roce de su pelo, experimentaba una dulzura desconocida hasta entonces.

Miró en todas las direcciones, pretendiendo descubrir a alguien conocido y fracasó. Por la anchísima avenida pasaban a cada segundo cientos y cientos de personas con esa prisa que marca el pulso a la inmensa ciudad de los rascacielos.

Era ya de noche, y frente a él, y a lo lejos como gigantescas pupilas, parpadeaban los anuncios luminosos; unos en las fachadas de los teatros y de los «*dancings*», representando bailes en múltiples combinaciones de colores; otros, anunciadores de productos como la «Coca Cola» o de casas comerciales, como la «American Chiclet Company», y todos, en fin, dando al gran espectáculo de la inmensa urbe un aspecto deslumbrador.

Había transcurrido media hora más de la señalada para la cita, sin que nadie se acercara a verle. Por un instante tuvo el temor de

que todo aquello no fuese sino una emboscada; pero le tranquilizó el pensar que entre tanta muchedumbre nada malo podía sucederle.

Decidido a esperar únicamente hasta las nueve, reanudó sus paseos, pues resultaba imposible permanecer allí quieto, dado el que la gente, en su presurosa marcha, tropezaba con él. Al fin, cuando menos lo esperaba, alguien se puso a su lado, diciéndole en alta voz, como deseando ser oído:

—Buenas tardes, amigo. ¡Qué casualidad encontrarte aquí!

Kane se volvió descubriendo a Philip Ludwell, que le miraba sonriente. Murmuró seco:

—Hola; ya estaba hartó. ¿Qué tenemos que hacer?

En voz baja y rápidamente el «boss» le dio las instrucciones:

—Tú, nada. Cuando me veas actuar, sales detrás de mí y, si fuera preciso, me cubres la espalda, pero evita el hacerlo. En definitiva, creo que no será necesario.

Caminaron largo rato hasta alcanzar el ensanche de la avenida. John dióse cuenta de que iban detrás y muy cerca de un hombre menudo con aspecto de oriental.

Paráronse en el cruce de una calle, mientras esperaban la señal del tráfico autorizándoles para pasar, y cuando tal cosa llegó, Kane, que no perdía de vista a Philip, vio cómo éste hacia un rápido movimiento con la mano derecha, rozando, al parecer, la garganta de aquel hombre. Sólo un segundo tardó en darse cuenta de que acababa de cometerse un asesinato y fue al ver sangre en un puñal, de negra hoja sin brillo, que el «gángster» envolvió en el periódico que llevaba.

El atacado anduvo aún unos pasos, y de pronto cayó al suelo, mientras la gente se inclinaba a recogerle.

Conforme se alejaban por una calle lateral y montaban en un negro «Packard» que les aguardaba, el miserable explicó a John Kane:

—Ahora todos supondrán que ha sido un desvanecimiento tardando varios minutos en percatarse de la verdad de lo ocurrido. Para entonces nosotros ya estaremos lejos. Es un magnífico procedimiento que, la Policía desconoce.

—¿Ingeniado por tí? —preguntó el joven sintiendo deseos de estrangular a aquel monstruo.

—No. Lo he puesto en práctica por primera vez, cumpliendo

órdenes. En realidad me agrada haberlo hecho, pues es una nueva experiencia de mi carrera.

Sentados los dos en el cómodo vehículo, guardaron silencio. John, recordando cómo momentos antes se había sentido seguro entre la numerosísima gente, no pudo menos de rendir su admiración hacia el criminal cerebro que lo planeaba todo de modo tan maravilloso. Ahora concebía que hubiesen muerto tres de los mejores agentes del

F. B. I.

¡Se estaban utilizando nuevas modalidades en el crimen, facetas hasta entonces desconocidas! Preguntó:

—¿Vamos al «*dancing*»?

—No. Aún tenemos que hacer un segundo servicio, pero más tarde. Primero cenaremos.

El chófer, que debía tener concretas instrucciones, luego de cerca de una hora de recorrer calles y más calles, se detuvo, en Brooklyn, en Fulton Stree, donde los tres hombres se apearon, y, luego de caminar unos metros, penetraron en un restaurante. John celebró su idea de vestir de etiqueta, pues sus dos acompañantes iban así ataviados.

Cenaron frugalmente, Kane sin apetito y los otros dos, según manifestaron entre risotadas, deseando «mantenerse en forma».

—¿De qué se trata? —interrogó John.

—En realidad de nada importante. Devolveremos con creces la píldora que nos hicieron tragar la otra noche en La Selva los individuos de las ametralladoras.

—Ya —fue el seco comentario del joven.

Ciertamente no precisaba de más explicaciones. En la lucha que en breve intervendría habría varios muertos. Era algo de lo que, en suma, se beneficiaba la ciudad y la Policía, porque siempre acababan las peleas con numerosos muertos, pertenecientes a fueras de la ley.

—¿Iremos nosotros solos?

—No. Dentro de un rato nos reuniremos con los demás muchachos. Hasta tanto —agregó dirigiéndose al chófer— Mantlin nos dará un buen paseo. No es saludable permanecer mucho tiempo en el mismo sitio.

Mientras esperaban, agazapados detrás de unos barriles, Kane pudo enterarse ampliamente de lo que se pretendía. Los «gángsters» que días antes asaltaron el «*dancing-hall*» de Otto Schappe pertenecían a una banda conocida por la de Duncan Watkins, un peligroso pistolero dedicado al contrabando de estupefacientes y que había echado violentamente de La Selva Negra cuando intentaba establecer allí su negocio, como en tantos otros lugares de diversión. Schappe no deseaba intervenciones de la Policía. De tal hecho procedía la enemistad reinante entre las dos partidas de asesinos.

Eran siete hombres los que esperaban en la Bahía Gowanus, apretando, nerviosos, las ametralladoras «Thompson». La orden era tirar a matar y luego, apoderándose del cargamento, huir a toda marcha en los dos «Studebaker» negros que aguardaban unos metros más arriba.

La noche, sin luna, era oscura y a lo largo de la bahía no se escuchaba el menor ruido. Los pulsos de los hombres marcaban el momento emocional, con palpitations rítmicas, fuertes, que parecían querer traspasar la piel de las muñecas.

John Kane, junto a Philip Ludwell, que mandaba la operación, esforzándose en oír a lo lejos el menor ruido que indicase la presencia de Duncan Watkins y los suyos, mientras en su fuero interno se lamentaba de no haber tenido tiempo de comunicar al

F. B. I.,

lo que iba a suceder dentro de breves minutos. De este modo se hubiese conseguido eliminar de una vez a los hombres más peligrosos de Nueva York.

La voz de Philip le interrumpió en sus meditaciones.

—Ya vienen. Preparados. Que nadie haga nada sin que yo lo ordene.

Lejos se oía un leve chapoteo en el agua, producido, sin duda, por una barca que avanzaba a golpes de remo. Kane no pudo menos que admirar, aunque le despreciaba, la inmensa serenidad del «boss» que miraba en dirección al agua intentando descubrir a sus enemigos.

No se oía el ruido de las respiraciones. El silencio, por lo denso, pesaba como si fuese plomo.

Poco a poco, surgiendo de las sombras, fue perfilándose la

silueta de una embarcación que atracó en el muelle. En ella venían varios hombres.

Oyéronse órdenes y maldiciones masculladas en voz baja desde su refugio, John Kane pudo ver que eran nueve los recién llegados y como, mientras tres de ellos sacaban de la barca otros tantos fardos, no muy grandes, el resto, portando ametralladoras, protegían la operación. Le dolió la matanza que iba a efectuarse cobardemente dentro de unos segundos.

—¡Fuego! —tronó la orden de labios de Philip y siete ametralladoras vomitaron sobre los sorprendidos «gángsters» su mortífera carga de plomo. Cuatro hombres cayeron al suelo doblándose extrañamente mientras una voz desde el campo enemigo, gritaba:

—¡El resto a la lancha! ¡Nos han tendido una emboscada!

Uno más rodó por el suelo antes de cumplir lo mandado y entonces Philip, ante el temor de que se alejaran, saltando a pecho descubierto hizo fuego contra la embarcación, seguido de los suyos.

Pero aquello ya no resultó tan fácil porque desde la barca hacían un fuego espantoso. Dos hombres cayeron a la izquierda de Kane, que tiraba frenético, procurando dejar fuera de combate a los asesinos.

Al fin cesaron los disparos desde la lancha. Los nueve hombres habían perecido, sin conseguir soltar las amarras que les ataron a la muerte.

Todo había sucedido en menos de cinco minutos. Philip Ludwell ordenó:

—Mantlin y Kane, coged los bultos y subid en el primer automóvil. Yo me reuniré con vosotros. Los demás, ya tenéis órdenes concretas.

Disponíase a cumplir lo mandado, cuando se oyeron, a lo lejos, las sirenas de la Policía.

Mantlin, que se había adelantado a todos tenía en marcha el motor del potente automóvil, que arrancó, y pisando a fondo el acelerador, enfiló por Thirtythird hasta alcanzar la avenida Fifth, y, por ella, bordeando el cementerio Greenwood, en una carrera alucinante, seguidos de lejos por un coche de patrulla de la Policía, llegaron a la avenida Flatbush.

El coche volaba sobre el pavimento y dentro de él no se oía otro

ruido que el del motor al que se estaba exigiendo el máximo de su rendimiento.

Kane reparó por vez primera en cómo Philip Ludwell tenía la cabeza inclinada contra el pecho, como si estuviese desmayado. Puso una mano sobre el hombro del «boss» retirándola teñida en sangre. ¡Estaba herido! Golpeando el cristal de la cabina con los nudillos, ordenó:

—¡Más deprisa!

Pero su deseo de llegar pronto a dónde fuera no era debido a la proximidad de las sirenas de la Policía, sino al de, si era posible, salvar la vida del «gángster», que se desangraba por momentos.

Corrían ahora por la calle Bergen y en una curva cerradísima torcieron por la avenida Carlton penetrando, con coche y todo, por la amplia puerta de un «chalet», desembocando en un ancho patio.

Dos hombres, salieron a recibirles, pero ya John, llevando en sus brazos a Philip, preguntaba:

—¿Por dónde? Viene uno herido.

Subieron unas escaleras de mármol hasta alcanzar una habitación donde Otto Schappe y Kurt Reiman les aguardaban. Fue Mantlin el primero en hablar:

—Liquidamos a los nueve que venían, jefe, perdiendo dos de los nuestros. Duncan Watkins no iba con ellos.

—Ese zorro es demasiado listo para exponerse de veras —comentó Schappe—. ¿Cogisteis el cargamento?

—Desde luego.

En tanto, se desarrollaba el anterior diálogo, John Kane había tendido a Philip Ludwell en un sillón, desabrochándole la camisa hasta descubrir una ancha herida en el hombro, dijo:

—Se portó como un valiente.

—Lo es —afirmó el alemán—. Luego, dirigiéndose a Mantlin agregó: Mételo en una de las habitaciones y avisa al doctor. Está en su alcoba durmiendo.

Salió el aludido, quedando solos Kane, Reiman y Schappe. El segundo dijo con marcadísimo acento germano.

—Esto complica de nuevo las cosas.

—Sí, pero se harán del mismo modo, Kurt. Mañana hablaremos. Ahora lo interesante es descansar. Ha sido un día de muchas emociones. Sobre todo para el amigo Kane.

—¡Bah! —replicó éste, fanfarrón—. Un poco juego de niños. Me consuela saber que pronto voy a verle la cara al jefe. Llevó ya dos servicios y me indicó que después del tercero hablaríamos.

Schappe y Reiman cambiaron una mirada de inteligencia. Fue Otto el que habló:

—Quédate a dormir abajo, donde te apetezca.

John, sin el más leve comentario, abandonó la sala, y descendiendo por una lujosísima escalera, desembocó en un «*hall*» del cual partían varias habitaciones.

Entró en una de ellas, desnudándose. Al introducir la mano en el bolsillo del «*smoking*» en busca del pañuelo, sintió entre sus dedos el roce de un papel. De espaldas a la puerta, por si alguien le vigilaba, leyó:

«Acepta lo que te digan mañana y ve a informar a la oficina a las cinco. Allí recibirás órdenes. M-3».

Era la misma letra de la otra vez. M-3. ¿A quién correspondía ese signo? ¿Cómo llegó el mensaje a su poder?

Con el convencimiento pleno de que alguien, muy cerca de él, estaba ayudándole, se acostó guardándose la nota en el bolsillo de pecho del pijama.

En sus sospechas, descartó plenamente a Sybella. Estaba seguro de que no había sido la muchacha la que le introdujo el papel por haberse cambiado de ropa después de dejarla. Pero... ¿entonces quién?



Colección
EXTRAORDINARIA DEL OESTE
hermana gemela de la arrolladora
Colección F. B. I.
¡Llevan la marca ROLLAN!

IV

EL F. B. I., ACTÚA



¿UE concepto tiene usted de la Patria, Kane? —interrogó Schappe, tratándole con respeto.

El aludido, respondió cínicamente:

—¿Qué es eso? De niño me enseñaban que era una bandera, un símbolo, y confieso que nunca lo entendí. Para mí la Patria es aquella que me da de comer y si mi Patria me niega el derecho a la vida no vacilaría en renegar de ella.

Mientras hablaba, John sujetaba con sus dedos nerviosos el respaldo de la silla en que hallábase sentado frente a Schappe y al enigmático Kurt Reiman. Le dolía mentir así, le dolía no gritar a los cuatro vientos su amor a la tierra en que naciera, su deseo de dar la vida una y mil veces por ella. Siguió escuchando:

—Me alegra que sea un hombre sensato. ¿Qué piensa de Alemania?

—Que si paga bien es el mejor país del mundo. Déjese de preguntas de sondeo. No sé nada de política ni me importa. Lo único que me interesa es ganar dinero, mucho dinero, aunque provenga del diablo.

—Entonces escúcheme sin interrumpirme y no se alegre demasiado por conocer lo que voy a decirle que es, exactamente, lo que usted tiene que saber para actuar. Con ello queda atado a nuestra organización hasta la muerte. Necesito un hombre distinguido y valiente que pueda asistir a una recepción de gala y sepa también matar cuando sea necesario, para que se traslade a la Habana a cumplir lo que se le ordene. Ese hombre iría con pasaportes falsos, procurando no usarlos, entrando clandestinamente en la capital de Cuba. Sería algo así como el apoderado de un gran cantante, con un contrato por tres días para actuar en el Capitolio. El contrato existe, pero no hemos creído oportuno legalizar la entrada por ahorro de tiempo y por otras causas que usted comprenderá perfectamente cuando termine de hablar.

Otto Schappe hizo una pausa. En el despacho de la avenida Carlton imperaba el máximo «confort».

—Ya conoce nuestra nacionalidad. Queremos ser el país más y mejor informado del mundo y para ello no regateamos medios ni esfuerzos. Aquí y en todas partes se preparan activamente para una guerra. Alemania también. Hoy en todo el planeta obsesión a la idea de que se están construyendo en secreto nuevos métodos de destrucción. Eso es cierto, pero los progresos son más lentos de lo que se piensa. En un determinado lugar de Nueva York hay un sabio germano trabajando por perfeccionar la guerra bacteriológica. Las razones por las que actúa fuera de su nación son de tipo político, pero si desea alguna le diré que actúa con arreglo a la técnica norteamericana, adquiriendo nuevas enseñanzas y experiencias para

el esplendor de su Patria.

Nuevo silencio, Schappe hablaba muy despacio, deseando no decir más que lo indispensable, pesando cada palabra antes de ser pronunciada. Kane oíale con extraordinaria atención, para no perder ni una sola sílaba.

—La labor de este científico de que le he hablado está muy adelantada, tanto, que dentro de un mes podrá hacerse el primer experimento. Sin embargo, ha llegado a nuestros oídos por medio del servicio de Información, que un sabio norteamericano el doctor Lufkin está consiguiendo en la Habana algo muy semejante y ha montado allí «legalmente» —recalcó la palabra— su laboratorio. Es necesario que, sin despertar sospechas, alguien se apodere de unos tubos de ensayo conteniendo cultivos. Estos tubos son fácilmente reconocibles, pues llevan escritas las letras del abecedario desde la A la I; suman un total de nueve, son de color pardusco y están en un estuche de madera preparado especialmente a este fin. Lo ideal sería apoderarse de ellos en un audaz golpe de mano, pero si no se consiguiera, quedan otras dos soluciones: volar el edificio o asesinar al doctor por un procedimiento semejante al de ayer tarde en Broadway Avenue. ¿Un trago? —invitó mientras llenaba tres copas de finísimo cristal:

—Gracias. Siempre viene bien.

Bebieron los tres hombres y Schappe continuó:

—Ya lo sabe usted casi todo. Se trata de una carrera por ser los primeros en perfeccionar los inventos. El hombre al que ayer «liquidó» Philip de modo tan original era un agente del servicio secreto japonés que había conseguido mucho en sus investigaciones. ¡Pobre! ¡Es peligroso enfrentarse con la gran Alemania!

En la voz del hombre vibraba un orgullo demoniaco, al continuar:

—No se nos puede vencer a nosotros, porque tenemos fe en el triunfo y muchos años de preparación para lo que se avecina. Es una suerte, Kane, trabajar junto a los más poderosos hombres del mundo, No le pesará. Desde luego preferimos el robo de los tubos de ensayo. Retrasará las investigaciones casi un año.

Calló otra vez, para proseguir:

—Sólo Alemania y Estados Unidos trabajan, tan adelantados en la carrera de la bacteriología, pero de esta carrera lo único que

interesa es un descubrimiento, el que nosotros tratamos de retrasar. Ahora, usted es el que tiene la palabra.

Kane, que estaba nervioso al sentir fijos sobre él los ojos de Kurt Reiman, recordando el aviso que encontrara en el bolsillo del «*smoking*», tras de simular pensarlo, repuso:

—¿Cuándo es la marcha?

—¡Bravo! Así me gusta, muchacho. Saldrá pasado mañana en un hidroavión que tomará contacto con el agua en el Golfo de Méjico en plena noche, en un lugar donde les aguardará una canoa. El plan está minuciosamente elaborado.

—¿Quién vendrá conmigo?

—Sybella. Usted, como antes le dije, actuará de secretario y apoderado. Cantará tres días en el Capitolio, con un nombre supuesto, desde luego, pero, a ser posible, y si usted hubiese conseguido lo suyo, rescindiré el contrato por cualquier motivo. No le importe la indemnización, ni los gastos particulares. Carta blanca para todo. En el cajón central de la mesa de su cuarto, en el «*dancing*», encontrará cuánto necesite, desde dinero a planos y fotografías del doctor, así como de los hombres que le vigilan. Nada más. Hoy tiene todo el día libre. ¡Ah! Tome: le han correspondido mil dólares por el trabajo extraordinario que realizaron anoche. Si después de repasar todos los papeles necesita alguna aclaración más, me encontrará en La Selva Negra a partir de las diez de la noche.

Schappe dio a entender claramente con la palabra y el gesto que la entrevista había terminado y como ya eran las doce de la mañana, Kane salió a la calle para tomar unos «sándwiches». Como no tenía el coche, hizo parar un «taxi» dándole la dirección del «*dancing-hall*» en cuyo garaje estaba su magnífico «Studebaker».

Cuando llegó allí, le salió al encuentro, Sybella que, sin duda, le esperaba:

—Hola, John.

—Hola, pequeña; perdona que no me entretenga, pero el jefe me ha encargado unos trabajos urgentes.

Los dos jóvenes estaban a la entrada del establecimiento y hubieron de apartarse para dejar paso a una espléndida mujer, de aspecto fascinador. Kane la reconoció como la misma a la que él viera penetrar en el interior de La Selva Negra la noche en que Otto

Schappe le hablara claramente por vez primera.

—¿Quién es?

—No lo sé —repuso la muchacha—. Viene muy a menudo por aquí y Schappe la llama Wilma. No me gusta nada su aspecto.

—En fin, yo te dejo, Sybella. A la noche nos veremos, aunque sospecho que vendré tarde.

—Te esperaré.

John Kane montó en el automóvil enfilando en dirección a Manhattan. Ciertamente había mentido, pues aún faltaban bastantes horas hasta las cinco. ¿Cuál fue la razón para que no aceptara la compañía de la muchacha? De nuevo quiso engañarse a sí mismo, sin conseguirlo. Lo cierto era que la huía porque estaba enamorado de ella.

Repartió el tiempo que le faltaba hasta acudir al despacho privado del

F. B. I.,

entre un cinematógrafo y la contemplación de Nueva York desde el observatorio del Empire State Building, el edificio más alto del mundo y, al fin, dominando su impaciencia, tomó el ascensor abriendo con la mayor naturalidad la puerta que ostentaba en su frontis la palabra «Lawyer».

Dentro le aguardaba el inspector Rowland, del Estado Mayor del F. B. I.,

el cual le saludó cordialmente:

—Hola, John. ¿Cómo le va?

—Bastante mejor de lo que me pensaba, inspector. Tengo grandes noticias, pero primero me agradaría conocer sus órdenes.

—Son bien sencillas, pero no son órdenes. Usted lo hará si quiere porque carezco de autoridad para mandárselo.

—¿Se refiere?

—A su viaje a Cuba. Irá usted allí bajo su absoluta responsabilidad y a espaldas nuestras. Si es detenido por algún delito nosotros no saldremos responsables de nada. ¿Comprende, Kane?

—Ya contaba con ello, inspector, pero ¿cómo sabe?

—Eso no hace al caso. Escuche. Cuando llegue a la Habana, podrá robar tranquilamente lo que va a buscar y volver triunfante. Hemos transmitido nuestras instrucciones en clave y habrá

preparados unos tubos semejantes en todo, pero absolutamente inofensivos. Ya he recibido la conformidad de M-L.

—¿M-1? —inquirió vivamente Kane—. Hoy he recibido yo un mensaje de

M-3.

¿Qué quieren decir esos signos? Nunca se han utilizado esas letras en el

F. B. I.

—Hasta ahora no. Todas las prevenciones son pocas. Cuénteme lo sucedido.

John hizo un relato minucioso, no omitiendo la impresión que le produjo el hombre torturado días y días en los sótanos de La Selva Negra. Cuando terminó, el inspector le dijo:

—No se preocupe por él. M-3, ese ser misterioso que tanto le inquieta, le dio las órdenes oportunas para que declarase toda la verdad que pretendían. El preso es un oficial del Servicio Secreto militar norteamericano y se hubiese dejado matar. Pretendían arrancarle el lugar donde se realizaban los experimentos y lo ha dicho. Su vida está asegurada hasta que usted regrese con lo que ellos pretenden conseguir. Entonces le matarán para que no hable. M-3 y usted tendrán que salvarle a cualquier costa. Me duele exponerles a tantos peligros, pero son necesarios. Hay que llegar al fondo de la organización para destruirla en sus raíces, sin que nadie quede oculto.

—¿Quién me manda estos mensajes, inspector y qué huellas han descubierto en el que les envié? —inquirió Kane impulsivamente, sacando de su bolsillo la última nota, ya en blanco.

—La identidad del que le ayuda debe permanecer en secreto.

No necesito decirle que siendo uno de nuestros hombres los papeles carecen de huellas. En cuanto a las fotografías no nos dicen nada nuevo. Ese Otto Schappe no es en este juego mortal más que un peón de segunda fila. Los otros dos son conocidos pistoleros que se alquilan al mejor postor... ¿Ha conseguido alguna más?

—Sí; la de una muchacha que canta en el «*dancing-hall*» y que me acompañará en el viaje.

—Revélela y démela. Me interesa lo que me ha contado sobre ella.

John entró en el reducido cuartito saliendo a los pocos minutos.

El inspector Rowland meditaba, y al verle le dijo:

—Ésta es una batalla en la que el factor tiempo juega un principalísimo papel. Hemos conseguido ganar unos días con la declaración del hombre que tienen prisionero. Antes de que se den cuenta de que los cultivos que usted traerá son falsos, los habremos detenido a todos. La guerra está a punto de estallar y hasta los muertos saldrán de sus tumbas para defender a la Patria. No lo olvide, Kane.

La voz del inspector era solemne.

—M-I estará en la Habana a su lado en los momentos difíciles, sí éstos llegan, aunque tampoco se dará a conocer a usted.

Rowland, mirando su reloj de pulsera, habló de nuevo:

—Son las seis y media de la tarde. Disfrácese de modo que nadie le identifique ni aun su misma madre si viviera, y vaya al «*music-hall*» de Andrew Carnesie. En el bolsillo del «frac» encontrará la entrada, justamente dos filas detrás de la localidad que ocupará Otto Schappe. Sígale. Me interesa saber dónde va. Nada más, es decir, sí —y aquí la voz dura del inspector se humanizó—. Cuídese, Kane que su vida es muy preciosa para la Patria.

Antes de marchar, recomendó:

—Lo que logre averiguar transmítalo en clave a Washington, Suerte.

Y el hombre del Estado Mayor del

F. B. I.

abandonó el despacho.

Una vez solo, John Kane comenzó a caracterizarse...

Cuando el elegante caballero de recortada barba negra y gafas de oro montadas al aire se sentó en su localidad del «*music-hall*», la orquesta atacaba el primer tiempo de «La quinta sinfonía», de Beethoven, que todos escuchaban con respeto y atención sin límites.

John Kane, aparentó hundirse también en la inefable hermosura de la obra del genial compositor alemán, adoptando, por su abstracción, el aspecto de un auténtico melómano, mientras que, con el rabillo del ojo, no cesaba de vigilar a Otto Schappe que, delante de él, parecía ajeno a cuánto le rodeaba.

Al terminar la maravillosa página musical, una salva de aplausos resonó en el lujosísimo local, el más famoso de Nueva York, y

multitud de caballeros y elegantísimas damas salieron al «hall» a descansar unos minutos hasta que diera comienzo la segunda parte del concierto. Kane salió también y, encendiendo un cigarrillo, siguió con la mirada a Schappe, el cual abandonó el local, y ya en la calle, montó en un lujoso automóvil, marca «Nash».

El joven le siguió desde un «Ford» de gran potencia, puesto que no creyó oportuno utilizar su coche, conocido por el que perseguía. El gran tráfico de la ciudad hacía difícil el cometido, por eso John respiró al verle torcer por la avenida del Parque, llena de suntuosas residencias de millonarios.

El «Nash» se detuvo y de él salió el alemán, encendiendo un cigarrillo. Luego, con paso rápido, caminó unos cien metros para penetrar en un hotel de imponente aspecto, por el gran lujo que presidía la edificación.

A pie, simulando dar un paseo, cruzó por delante de la casa, y en ese preciso momento el instinto le previno de un peligro inmediato. Volvió en redondo a tiempo de ver a un individuo que le apuntaba con una «Parabellum».

Rápido como el pensamiento, leyendo en los ojos del hombre una clara sentencia de muerte, se dejó caer al suelo al tiempo que un fogonazo le cegó y por encima de su cabeza silbaba una bala. No se escuchó ruido de disparo, sino como una leve explosión de aire. La pistola llevaba silenciador.

Antes de que el misterioso sujeto tuviese lugar para rectificar la puntería, Kane se lanzó en tromba contra él propinándole un fuerte cabezazo en el estómago. Los dos hombres rodaron por el suelo, golpeándose con ira.

Como la pelea no podía prolongarse, John, que llevaba en su mano derecha la «llave» de hierro que le entregó Philip Ludwell, dio con ella un fuerte puñetazo en la mandíbula al que segundos antes intentó suprimirle oyendo un crujido de huesos. Después, rápidamente, dejando a su enemigo inconsciente, dirigióse a su automóvil y desapareció en la noche...

Al entrar en el «dancing-hall», de regreso de la oficina del F. B. I.,

donde había recuperado su anterior personalidad, le salió al encuentro Sybella, invitándole a bailar. Él, comprendiendo por el gesto de la muchacha que algo tenía que decirle, accedió y

enlazados amorosamente danzaron a los acordes de la música de «jazz».

—¿Qué sucede? —inquirió.

—Dentro hay un gran revuelo. Han encontrado flotando en el agua del estanque del sótano y muerto por una puñalada en la garganta a Bypass, el «gángster» que desapareció la noche en que yo entré en el subterráneo.

—Bueno... ¿y qué?

Ella, mirándole fijamente, repuso:

—Nada; que no es oportuno que pases ahora. Sin desconcertarse, John Kane contestó:

—No pensaba hacerlo. Prefiero estar a tu lado que junto a esos energúmenos. Mira, Sybella, otra vez esa mujer.

La atrayente Wilma cruzó a pocos pasos de la pareja, no sin antes dirigir una mirada atenta a Kane, el cual comentó:

—Es diabólicamente hermosa y sus ojos tienen la frialdad del hielo... En cambio los tuyos parece que llevan dentro una hoguera, Sybella. Tengo deseos de conocer toda tu vida.

La muchacha, apretando más su cuerpo con el del joven, repuso:

—Ya falta poco, querido...

A la vanguardia del triunfo:
Selecciones NEVADA
Colección
EXTRAORDINARIA DEL OESTE
Colección F. B. I.

CARA A LA MUERTE



LOS grandes flotadores del hidroavión se posaron en el agua del golfo de Méjico, dejando tras de sí una blanca estela de espuma. El coloso de acero, sin luces, semejaba en la oscura noche, con sus alas desplegadas, una extraña y fantástica ave de la mitología pagana.

Allá a lo lejos, como minúsculos gusanillos de luz, brillaban las luces de la República de la América insular: Cuba, y preponderando por su proximidad, la Habana.

Dentro del hidroavión reinaba ese silencio que precede a los actos fundamentales de nuestras vidas o a la proximidad de un peligro. Los nervios de los dos hombres y la mujer, únicos viajeros del aparato, estaban a flor de piel, mientras escuchaban el sonido que producían los flotadores al tomar contacto con las aguas.

Al fin, el piloto, abandonando su puesto de mando, penetró en la amplia cabina de pasajeros:

—Estamos en el lugar indicado, pero hemos traído cerca de diez minutos de adelanto sobre la hora fijada. No obstante, conviene estar alerta.

Sin que ninguno de los presentes le contestara, tomó asiento, teniendo al alcance de su mano una ametralladora «Thompson».

Transcurrieron lentos los segundos, y al fin, a través de los cristales pudo verse un leve resplandor, producido por un pequeño farol de la proa de alguna embarcación. Los tres hombres se pusieron en pie, abriendo la puerta que daba al exterior, y el ruido de un motor de gasolina llegó a sus oídos.

—¡Imbéciles! —masculló uno de los que aguardaban—. Haría falta estar sordo para no sorprenderlos.

John Kane, envolviendo al que había hablado en una mirada de desprecio, advirtió:

—La tierra está más lejos de lo que te supones. No olvides, Sprague, que desde ahora el único que manda aquí soy yo.

El interpelado masculló unas maldiciones en voz baja, pero no contestó. Conocía de sobra el valor y la fuerza de los puños de su compañero.

La mujer continuaba sentada, como si fuese ajena a cuanto estaba sucediendo.

Al fin, una embarcación pequeña, tripulada por dos hombres, se detuvo junto al aparato. Uno de los recién llegados dijo, a modo de contraseña:

—¿Quién os manda?

—Schappe —repuso, seco, Kane—. ¿Y a vosotros?

—La grandeza de un país.

—Conformes, amigos. Acercaos más.

Luego, John, volviéndose a la joven, invitó:

—Vamos, Sybella. Hemos de aprovechar los minutos.

Ágilmente, la aludida bajó por la breve escala de madera fija al

hidroavión por dos hierros en forma de gancho, para encontrarse al fin en la barca, desde donde le tendió la mano Kane. Perry Sprague entró seguidamente, y pronto tornó a sonar de nuevo el motor de la lancha, que tomó recta la dirección de tierra.

John tenía entre sus manos las diminutas de Sybella, que temblaba un poco, más que de la emoción del peligro, del goce de sentirse protegida por el ser al que ella quería más que a su propia vida.

Las luces, muy lentamente, agrandábanse más y más.

De pronto, el motor cesó de producir su rítmico sonido, y a los pocos segundos cuatro remos pendían a babor y a estribor de la pequeña embarcación. Uno de los tripulantes recomendó:

—Procurad que no chapotee demasiado el agua.

Bogaron los cuatro hombres en silencio durante un buen rato. Al fin, el mismo que hablara anteriormente recomendó en voz baja:

—Muy despacio y con sumo cuidado. Dentro de unos minutos pasaremos frente al faro del Morro, que da entrada, a la bahía de la Habana.

Kane, consultando su reloj de pulsera, que sólo marcaba las dos de la madrugada, insinuó:

—¿No sería mejor esperar? Es aún muy temprano.

—Por eso hemos elegido esta hora. Se está celebrando el Carnaval. Es sábado. ¿No ve todas aquellas luces? Es el malecón. Ahora todos están para divertirse. Es el mejor momento.

Se hizo el silencio, y remando pasaron frente al foco de luz que servía para orientar a los barcos. El silencio más absoluto reinaba en la lancha. De dejos, en el aire, se mecía como un lejano murmullo de voces, de música, de risas...

—Ya hemos llegado.

La barca se detuvo en las inmediaciones del muelle de San Francisco, donde les aguardaba un negro automóvil, al que los cinco subieron, dejando abandonada la embarcación.

—Por si sucediera algo, nos dirigimos a un chalet de la avenida de la República, frente al parque Maceo.

A juzgar por la inquietud del que había pronunciado tales palabras, aún quedaba la parte más dificultosa por realizar. De tal modo pensó John Kane, y así era. La entrada en la Habana había sido superada, pero un peligro oculto se cernía sobre los recién

llegados.

Apenas se puso el vehículo en marcha, cuando una ráfaga de ametralladora deshizo el parabrisas del coche, matando en el acto a los hombres que fueron a recibirles al hidroavión. John Kane, que con Perry Sprague y Sybella ocupaba la parte trasera del automóvil, dándose cuenta del inminente riesgo en que se hallaban, máxime cuando el coche se inclinaba peligrosamente hacia la izquierda, a punto de estrellarse contra los árboles, sujetó con una mano el volante, saltando de modo inverosímil al puesto del conductor, no sin advertir a su compañero que había sacado la pistola de la funda sobaquera:

—No contestes.

Y sentado sobre uno de los cadáveres pisó a fondo el acelerador, penetrando por la avenida del Presidente Zayas. Roncos sus oídos por el tronar del motor, sometido a su máxima presión, no pudo oír los nuevos disparos que con ametralladoras les hacían. Sybella y Sprague, que estaban tirados entre los asientos, sintieron que numerosos proyectiles atravesaban la carrocería y cómo el automóvil coleaba, perforado, sin duda, un neumático trasero.

Con riesgo de estrellarse, y decidido a alejarse de lugares tan peligrosos, Kane, aminorando en parte la velocidad, torció por la avenida de Bélgica, diciendo a sus acompañantes al tiempo que frenaba:

—¡Fuera! Seguidme.

El joven conocía Cuba a través de los planos, pero estaba completamente desorientado. Corrieron unos minutos hasta llegar a una parte de la ciudad que comenzaba a recoger el bullicio de la fiesta, y mezcláronse con la gente, deseando confundirse entre la multitud. Preguntó en inglés a uno que pasaba:

—¿Cómo se llama esto, amigo?

—El Trocadero —repuso el otro correctamente.

Al fin llegaron a una zona iluminada de luz. Sybella dijo:

—John, llevas toda la espalda del traje manchada de sangre. Te reconocerán por eso.

El joven, doliéndole su decisión, replicó:

—Tendremos que desnudar a una máscara...; mejor, a tres. Temo que nos estén siguiendo la pista.

Y mirando antes si eran observados, internáronse por una

estrecha calleja donde se alzaban varias casas de dos pisos, frente a las cuales las palmeras ponían su poético encanto. Una pareja iba delante de ellos, al parecer muy bebidos. Kane, adelantándose, comprobó que eran dos mulatos de distinto sexo, a los que golpeó en la mandíbula, procurando no hacerles demasiado daño. Poco necesitaban para caer privados de conocimiento.

—Desnuda a la mujer y vístete con sus ropas, Sybella. Date prisa.

Y sin aguardar respuesta comenzó a ponerse un pantalón vistoso de cuadros, camisa rameada en flores y una alta chistera. Las prendas le servían. Volvióse para ver a Sybella, que llevaba una larga falda roja y una blusa blanca muy escotada. Se estaba fijando con horquillas un vistoso lazo de colorines. Luego, cogiendo del suelo un rojo pañuelo y anudándoselo levemente a la altura de las caderas, dijo:

—Ya estoy.

Buscaron con la vista a Perry Sprague, no encontrándole. De pronto, de la oscuridad surgió disfrazado de Pierrot.

—¿Qué hago con esto? —preguntó, señalando su ropa.

—Échala con la nuestra.

Amontonándola, luego de sacar de ella el dinero y los documentos y dejando abandonada su «German Luger» por carecer de sitio donde ocultarla, Kane prendió fuego a los tres trajes, alejándose rápidamente.

—Cuando se despierten —explicó— creerán que se desnudaron para prender sus vestidos, y si no es así, tal vez eso pensará la Policía. Y tu hombre, ¿dónde lo pescaste?

—Estaba caído, sin conocimiento, junto a uno de los árboles.

Caminaron a buen paso, y pronto las tres máscaras se encontraron dentro de una barahúnda del Carnaval, en el paseo del Prado, el preferido de los habaneros, que enlaza con los parques de Colón, el Central, de la India, la Punta y el Malecón, formando un verde cinturón que hermosea la ciudad.

Allí todo era algarabía. John Kane metiendo su mano en el bolsillo del pantalón, tocó los arrugados billetes, y como pasaban en ese instante junto a un café penetraron en él, bebiendo unas copas de coñac.

Al salir les envolvió un grupo de máscaras, arrastrándoles. Sus

ojos, admirados, vieron a numerosas negras con faldas multicolores caminando despacio, en tiempo de rumba, mientras movían las caderas en voluptuoso vaivén, pasándose el pañuelo por la cintura, en una orgía de ritmo, y cómo los «muñecons», gigantes de cartón ataviados en trajes de novios, desfilaban bailando entre bromas y empujones. En los negros predominaban las chisteras relucientes, que ponían una nota más de colorido al maravilloso detalle de conjunto, donde Venus era la reina y señora.

John Kane, que llevaba fuertemente cogida del brazo a Sybella, para no verse separados, sintió que sobre la sensación de peligro y de inquietud, sobre el pensamiento de quiénes pudieron ser atacantes y sobre la visión de los dos hombres muertos en el automóvil se le iba infiltrando en las venas el vino ardiente de aquel Carnaval gigantesco, donde blancos y negros se mezclaban entre borracheras, gritos y besos, teniendo como escenario la ciudad de la Habana, tropical y desnuda bajo la luna, con calles misteriosas, casas medio ocultas en el follaje y a las que dan sombra altas palmeras...

Miró a Sybella, viéndola nerviosa, emocionada ante una fiesta pagana en la que se rendía homenaje a todos los dioses del Olimpo.

Gritos de mujeres, sonos de guitarra, «maracas» insinuantes, ron, y sobre todo, dominándolo, la rumba caliente, sexual, a cuyo conjuro los hombres y las mujeres bailaban hasta el agotamiento, iluminados por la luz policroma de farolillos y farolas, mientras las comparsas desfilaban tumultuosas, llenándolo todo con su alegría, o lentas, imprimiendo a sus movimientos una severidad de rito...

—¿Te gusta?

—Me emociona, John. Esto es algo sublime, bárbaro.

No lejos de ellos sonaron dos detonaciones. Una negra borracha disparaba al aire, y junto a ella desfilaban las carrozas, cubiertas de flores y de mujeres que arrojaban pétalos y besos sobre los transeúntes.

—¿Y Perry? —inquirió él.

—Hace un rato vi cómo le rodeaba un grupo de máscaras, llevándose el consigo. No pude ni aun avisarte. No le sucederá nada. Ya sabe dónde hemos de reunirnos al amanecer.

Los dos jóvenes callaron, dejándose envolver por la alegría de los negros, algunos de ellos elegantemente vestidos de etiqueta, que

habían salido de fiestas nocturnas en las que la habanera y la conga encendieron sus corazones. A unos metros de ellos, un grupo de mulatas bailaba el danzón, agitando el cuerpo de modo inverosímil, y más allá, un dominó empinaba la botella de ron en interminable trago.

La noche embrujaba los sentidos, y sin saber cómo. John y Sybella se encontraron abrazados, besándose, mientras por su lado pasaban las carrozas con mujeres disfrazadas de mariposas y la embriaguez del cuerpo y del espíritu se enseñoreaba de las almas entre «maracas» con letra de una rumba:

«Ven y acércate a mí;
ven y acércate más,
que la rumba de lejos
no se puede bailar...»

Sybella y John Kane llegaron en un coche, en las primeras horas de la mañana, frente a un chalet con jardín en la avenida de la República, frente al parque Maceo. El joven lo reconoció por las fotos que Otto Schappe le proporcionó en la Selva Negra.

Dejando el coche a la espera, los dos jóvenes llamaron a la campanilla, y un criado de etiqueta salió a abrirles. Kane preguntó:

—¿Vive aquí el señor Fred Tempelt?

—Sí —repuso el sirviente, contemplando la pintoresca facha de los que le interpelaban.

—Entonces, pague ese taxi y anuncie a John Kane.

Seguros de no haberse equivocado, penetraron en el *hall* de la casa. Un hombre de aspecto norteamericano bajaba las escaleras. Inquirió:

—¿Kane?

—Sí. ¿No ha venido otro compañero que nos acompañaba?

El individuo, repuso:

—No. Sois los primeros. Me llamo Fred Tempelt. ¿Queréis subir?

Ascendieron por lujosos peldaños de mármol, llegando a un despacho donde, tras de sentarse en cómodos butacones, el inquilino de la casa habló:

—¿Qué os pasó? Os estuve esperando toda la noche.

Kane hizo un relato minucioso de los imprevistos

acontecimientos, terminando:

—Estoy inquieto por la suerte de Perry. Es hombre impetuoso, y puede haber cometido una barbaridad. ¿No supones la identidad de nuestros atacantes?

—Desde luego, no fueron las autoridades marítimas de Cuba, porque éstas os hubiesen dado primero el alto. No hay más que una respuesta a tu pregunta: Okamoto.

—¿Un japonés?

—El «boss» de un grupo de pistoleros. El Japón está muy interesado en los adelantos bacteriológicos que lleva a cabo en Brooklyn el profesor Grotwohl, y aquí, un científico norteamericano que responde al nombre de doctor Lufkin, sobre el bacilo «vírgula».

—Ya, ya conozco —dijo John, sintiendo que su corazón palpitaba alegre ante la idea de hacer nuevos descubrimientos—. En Broadway Avenue «liquidamos» a un curioso hijo del Sol Naciente.

—Vigilan esta casa, en la seguridad de que nosotros les facilitaremos la verdadera pista, porque carecen de noticias sobre Grotwohl y Lufkin y esperan que les conduzcamos a ellos. He cambiado tres veces de vivienda, pero es inútil. Por eso no he podido conseguir nada. Me conocen demasiado. Hay que luchar contra ese misterioso Okamoto, contra el Servicio Secreto Norteamericano, contra las autoridades cubanas y, por si fuera poco, contra el misterio que envuelve la residencia y la vida del doctor Lufkin.

—Muy semejante a la de nuestro doctor Grotwohl, que trae en jaque al Departamento de Policía de Nueva York y al

F. B. I.

—comentó John Kane, deseando desatar la lengua de aquel individuo.

—Sí, pero a ése no le encontrarán. El jefe es más listo que todos, y él es el único que conoce su paradero. En fin, supongo que querréis dormir. ¿Una o dos habitaciones? —inquirió, sonriendo malicioso.

—Dos —contestó secamente Kane—. La señorita viene conmigo a auxiliarme, como un compañero más.

—Conforme. En los cuartos encontraréis ropa preparada. Yo me ocuparé de vuestro amigo.

—Gracias. No se te olvide facilitarme una «German». Tuve que

dejarla abandonada cuando me puse este disfraz.

—No te preocupes. Aquí no faltan armas.

Fred Tempelt les señaló dos habitaciones.

Si ninguno de los dos hombres precisaron pruebas sobre su identidad fue porque el misterioso cerebro que movía los hilos de tan extensa red de espionaje había enviado mutuamente fotografías, haciéndoles conocerse por anticipado.

En tanto se desnudaba, John no podía contener su júbilo. ¡Por primera vez desde que se puso a las órdenes de Otto Schappe habían pronunciado en su presencia el nombre del profesor Grotwohl!

Pronto se quedó dormido, y lo hizo durante muchas horas, al final de las cuales le despertó Fred Tempelt zarandeándole de un brazo:

—Perry Sprague ha sido encontrado muerto de una puñalada. Su cuerpo presenta señales de tortura.

La noticia, dada tan bruscamente, hizo que John Kane se incorporara en la cama con viveza.

—¿Qué dices?

—Que a estas horas Okamoto está enterado de lo que venís a hacer a la Habana.

—¿Cómo puedes asegurar que declaró Sprague?

—Porque no tiene más que unas cuantas señales en el cuerpo. De resistirse, los japoneses le hubiesen destrozado. Lo encontró la Policía en el Malecón, junto a una de las hogueras donde al amanecer se queman las serpentinas y los confetis restos del Carnaval.

Kane miró su reloj, comprobando que eran ya las cinco de la tarde.

—Tengo que salir a hacer unas cosas —dijo, mientras se ponía un traje blanco de hilo—. No despiertes a la muchacha, y di al criado que me dé algo de comer. Tengo hambre. Es preciso que cuanto antes termine la misión que se me ha encomendado.

—A tu gusto. Tengo orden del jefe de dejarte en completa libertad; pero te prevengo, por si te sirve, que yo y seis más estamos, dispuestos a todo, a tu disposición. Aguardamos tus órdenes en la casa.

—Gracias, Fred. Quiero ir solo. Así despertaré menos sospechas.

Donde me dirijo es un sitio muy propio para turistas. Conozco bien las calles. Durante una noche he permanecido estudiándolas en los planos que me dio Schappe. No dejes sola a Sybella. Decidle que espere a que vuelva.

Quince minutos más tarde, John Kane, sintiendo debajo de su brazo el peso de la «German Luger», reparó al salir en que un hombre, aparentemente distraído, le miró unos segundos. Aquello le previno, y cuando tomó la avenida del Padre Varela pudo comprobar que le seguían.

Aparentando un total descuido atravesó innumerables calles, torciendo por la avenida de Simón Bolívar hasta desembocar en el Campo de Marte, para desde allí, cruzando la Calzada del Monte, penetrar por la calle de Suárez, y doblando la de Esperanza alcanzar Puerta Cerrada.

Kane, en el largo paseo, que atravesaba casi la ciudad de la Habana, adoptaba la postura de un turista, deteniéndose múltiples veces en cafeterías y casas de típico aspecto cubano, pudiendo comprobar que su seguidor no le perdía la pista. Decidido a conocer sus intenciones, y prescindiendo de los tranvías eléctricos, reanudó su paseo por la avenida de Méjico, rodeando la estación de Cristina hasta situarse ante el castillo de Atares, frente a la ensenada del mismo nombre, en la bahía de la Habana.

Sonriendo interiormente por la idea de que su perseguidor le estaría maldiciendo por la larguísima caminata que acababa de darle, penetró en el interior de la fortaleza, abierta aquellos días a los turistas. Eran ya las siete, y el sol comenzaba su curva descendente, que iría a terminar hundiéndose en el infinito, al parecer, allá, en las entrañas del mar.

Subió unos gastados escalones de piedra, al final de los cuales se detuvo para escuchar, oyendo cómo alguien iba detrás de él.

Decidido a terminar con aquel estado de cosas, y trazándose un plan temerario, ascendió por una escalera en forma de caracol que se iba estrechando más y más conforme se aproximaba a una de las torres que antaño sirvieron de defensa de la isla, y al llegar a ella, luego de comprobar que, efectivamente, otro hombre subía también, se acodó en la barandilla de piedra, simulando estar absorto en la contemplación del hermoso paisaje que a sus ojos se ofrecía, mientras a través del brillante niquelado de su pitillera

divisaba, como por un espejo, el final de la escalera. Da plataforma de la torre tendría cuatro metros cuadrados de diámetro.

Aguzó más el oído. La jugada que estaba intentando era extremadamente peligrosa. Ignoraba con quién tendría que enfrentarse, y en tan críticos segundos agradeció más que nunca las enseñanzas obtenidas en la Academia del

F. B. I.,

máxime viendo a través del improvisado espejo cómo aquel individuo se le iba aproximando. Tuvo la serenidad suficiente para no mover un solo músculo de su cuerpo. Quería comprobar que su perseguidor era un fuera de la ley, pues temía que se tratase de algún agente de la Policía cubana, con la que deseaba evitar toda clase de incidencias.

Observó cómo el desconocido, a dos pasos de él, sacaba de su manga, en brusco movimiento, un puñal, y cuando se volvió solo tuvo tiempo de asir al cobarde asesino por la muñeca, cortando en el aire el golpe mortal. Un solo segundo de retraso hubiese equivalido a una muerte cierta.

Mirándose fijamente con odio, estuvieron forcejeando breves instantes, mientras el puño izquierdo de Kane golpeaba furioso el rostro de su atacante, que, como él, tenía aspecto de norteamericano.

—Dile a Okamoto que es un cobarde —rugió John, en un deseo de adivinar de dónde procedía la brutal agresión.

Por los ojos, inyectados de sangre, de aquel individuo comprobó que había acertado en su suposición. Se decidió a capturarle vivo, sin hacer caso de la amenaza que su rival barbotaba entre dientes:

—¡Morirás!

Y desprendiéndose de la férrea mano de John se lanzó hacia atrás, hasta tropezar con sus espaldas en las troneras de la fortaleza. Desde allí, en un movimiento que, de tan rápido, apenas si logró intuirle Kane, lanzó el cuchillo con prodigiosa habilidad. El agente del

F. B. I.,

no pudo hacer otra cosa sino tirarse al suelo, sintiendo, en el momento de esquivarlo, a pocos milímetros de su cabeza, el leve roce del aire cortado por el arma, y de un salto, poniendo en juego sus magníficas condiciones de atleta, que le valieron el número uno

en cuantas competiciones organizaban sus compañeros, se lanzó en tromba contra el miserable, que no pudo esquivar la feroz acometida y que intentó asestar un golpe de plano por debajo de la nuca con la mano recta, evidenciando ser conocedor del «*jiu-jitsu*», la feroz lucha japonesa. Seguro de que, de ser alcanzado, resultaría muerto, se tiró al suelo de nuevo, rodando a la derecha del individuo, que al arrojarle ferozmente contra él acusó una formidable patada en la mandíbula que le derribó aturdido.

Kane tuvo tiempo de incorporarse, y deseando mantener la distancia, en un ágil juego de piernas, propinó fuertes golpes en la mandíbula del «gángster», obligándole a medir por dos veces el suelo.

Convencido de su inferioridad física, el criminal, sangrando por boca y nariz de resultas del cruel castigo, se tiró con las piernas hacia adelante para apresar entre ellas el cuello de John, cosa que consiguió, rodando los dos por el suelo. La llave hubiese sido definitiva para otro luchador menos avezado que el agente del F. B. I.;

pero éste, conocedor de todos los trucos, oprimió fuertemente con sus dedos al más sensible centro nervioso de la pantorrilla, y, con un gemido, la presión que el sujeto ejercía sobre el cuello disminuyó, momento que aprovechó el joven para ponerse de nuevo en pie, cambiando golpes y más golpes con el traidor que intentara matarle por la espalda.

La lucha, en lo alto de la torre de Atares, resultaba impresionante, épica, digna de los tiempos primitivos, en que los hombres peleaban con sus propias fuerzas brutalmente.

Kane, decidido a terminar, ante el temor de ser sorprendidos por un vigilante del castillo o por alguno de los grupos de turistas que se extasiaban en la contemplación de la bahía de la Habana, incomparable de hermosura a la hora del crepúsculo, jugó las piernas, codeando velozmente a su enemigo, que no cesaba de propinar golpes que se perdían en el aire, y asestó fuertes puñetazos en el estómago de su adversario, que se inclinó un poco ante el castigo, para recibir un «uppercut» en la mandíbula que le derribó al suelo como un pelele, privado de conocimiento.

John, jadeante por el esfuerzo realizado, reparó que aún quedaba por realizar la parte más dificultosa: atravesar la Habana

con aquel sujeto sangrante sin disponer de un vehículo propio. Y él necesitaba interrogarle.

Se decidió, y luego de desarmarle, atándole de manos y pies con los dos cinturones de cuero, uno de los cuales arrebató al caído, le ocultó en uno de los rincones. Tras de arreglarse la corbata y cepillarse el polvo salió del castillo, telefoneando en un establecimiento de bebidas:

—¿Fred Tempelt? Oye, mira: me he cansado mucho paseando por la Habana, y me he desorientado. Estoy en el castillo de Atares. ¿Quieres enviarme un coche lo antes posible?

No había dicho el nombre. No era necesario. Por otra parte, cualquiera que hubiese oído la petición no se extrañaría.

De nuevo, Kane subió por la escalera de caracol, y al llegar a arriba sorprendió al que dejara atado con las manos libres, intentando desatarse las piernas. Las ligaduras no ofrecían seguridad. Apuntándole con la «Luger» decidido a todo, John le ordenó, autoritario:



Apuntándole con la "Luger", decidido a todo...

—¡Levanta los brazos!

El aludido obedeció sin oponer resistencia alguna, acobardado, y el joven, acercándose a él, le propinó un fuerte golpe en la cabeza con la culata del arma, derribándole de nuevo sin sentido. No deseaba verse expuesto a una traición.

Transcurrieron los minutos. La espera hacía interminable, sobre todo con la incertidumbre de ser sorprendido por los guardianes de la fortaleza.

Al fin vio venir a lo lejos, por la avenida de Méjico, un automóvil negro que desembocó frente al castillo. Sin vacilar un instante, echándose al hombro al ser inconsciente, bajó los escalones. En la puerta, un hombre de uniforme galoneado le miró interrogante, y antes de que pudiera decir nada, ya Kane le explicaba:

—Se cayó por las escaleras de caracol. Es un buen amigo mío. Me lo llevaré al hotel en el coche.

Había tanta naturalidad en la voz de John, que el portero se ofreció:

—Si necesita alguna ayuda...

—No, gracias —interrumpió Kane—. Sólo está, un poco conmovido.

Y rápido penetró en el vehículo con su carga, diciendo a Tempelt, que con otro hombre aguardaba dentro, las manos en los bolsillos de la americana:

—Es un «gángster» de Okamoto. Lo he cazado para que le interroguemos.

El «Ford» ya estaba en marcha y atravesaba la Habana veloz, sin rebasar, no obstante, la velocidad exigida para población. El herido yacía tirado entre los asientos. John Kane relató lo ocurrido desde su salida del chalet, y Tempelt no pudo menos de decir:

—Ya sabe el jefe lo que se hace al elegirte. Puede decirse que aún no has llegado, y ya estás actuando. ¿Te molestó la «bofia»?

—No. Por todas partes se ven forasteros, y los norteamericanos abundan por todas partes, como las hormigas en el bosque. Tengo prisa. ¿No puede pisar más el conductor?

—Llevamos el máximo de velocidad. Aumentarla equivaldría a ser parados por vulneración de los Reglamentos de tráfico.

Callaron de nuevo. Kane, para disimular su impaciencia, encendió un cigarrillo; Necesitaba terminar de una vez en la Habana, para, volviendo a Nueva York, desenmascarar al jefe de aquella partida de asesinos a sueldo de una potencia extranjera.

—Hemos llegado —dijo Fred Tempelt.

Esperaron dentro del coche a que pasaran unas mujeres, y luego,

simulando estar bebidos, las manos de unos por encima de los hombros de los demás, riendo, los cuatro hombres entraron en el jardín sin despertar ninguna sospecha. El criado les aguardaba.

Subieron al despacho donde estaban Sybella y tres individuos más. La muchacha, sentada cómodamente en un butacón, degustaba una taza del admirable café cubano. Vestida con un traje claro de manga corta, tenía, por su sencillez, un particular encanto. Dirigió a John una mirada de alegría.

—¡Hola, amigos! —dijo éste al entrar, dejando caer en una de las butacas al ser inconsciente—. Como veis, he cazado un buen pájaro. ¿Le conocéis?

—Sí —repuso uno—. Es Jim, un individuo peligroso. Creí que actuaba por su cuenta.

—Pues te equivocaste. Intentó asesinarme por la espalda. Mirad, parece que recobra el sentido.

En efecto, el «gángster» daba señales de vida, pasándose la mano por la frente. Cuando reparó en los que le rodeaban, Fred Tempelt le dijo con ironía:

—¿No te emociona el vernos? Somos todos amigos tuyos.

El individuo, mirándoles torvamente, no respondió. Kane le advirtió:

—Será mejor que te muestres razonable y nos cuentes unas cosas que deseamos saber. ¡De todas formas, vas a hablar!

La amenaza era evidente. Jim pidió:

—Dadme un pitillo.

John le tendió el paquete, y el otro, nervioso, encendió un cigarro.

—¿Por qué matasteis a mi compañero, y qué os dijo? —Fue la primera pregunta de Kane.

Y como el silencio acompañara a sus palabras, rogó:

—Vete, Sybella. Me temo que lo que se avecina no sea grato para una mujer.

—Prefiero quedarme.

—No te discuto. Allá tú —repuso Kane, dolido interiormente por las palabras de la muchacha, que reflejaban una crueldad hasta entonces desconocida para él. Ordenó:

—Dale, Fred, y en la boca. Que sangre, pero que no pierda el conocimiento.

El puño de Tempelt salió disparado con fuerza, y con un ruido seco la cabeza del prisionero chocó contra el respaldo de la butaca, mientras se teñían de rojo las comisuras de sus labios.

—Ahora, en la nariz, bien alto, cerca de los ojos, y luego otra vez a la boca. Cuando te canses, que te releve un muchacho.

Fred Tempelt obedeció las palabras de Kane, que habló de nuevo:

—Nosotros no somos tan refinados como los japoneses, pero tenemos nuestros métodos. Luego de darte una buena paliza y dejarte la cara deforme para el resto de tu vida, si no «cantas», te iremos partiendo todos los huesos de los dedos, y después te descoyuntaremos los brazos por el hombro. Esto, sólo para empezar. ¿Qué os contó el hombre a quién asesinasteis?

Silencio por parte del detenido.

—Dale sin duelo.

Tres secos puñetazos sobre el rostro del miserable, que calló, encajando las mandíbulas. Balbució al fin, viendo cómo el brazo de Tempelt se levantaba de nuevo:

—Si hablo, me matarán.

—Sí, pero mañana, y si te cogen; pero si no hablas te mataremos dentro de unos minutos. La elección no es dudosa.

Kane miró a Sybella, que, muy pálida, contemplábalo todo con los ojos desencajados, pero sin moverse, y decidido a terminar de una vez con el sangriento espectáculo ordenó a uno de los que estaban sentados:

—Rómpele todos los huesos de los dedos de la mano derecha.

—¡No, no! —gritó el prisionero—. Hablaré.

—¿Ves? —contestó, sarcástico, Tempelt—. No hay nada mejor que las buenas formas para convencer a un hombre. Desembucha.

El «gángster» comenzó, con voz entrecortada por el temor:

—Anoche nos llamó Okamoto para ametrallar un automóvil, cuidando de coger, por lo menos, a uno de ellos con vida. Íbamos diez hombres, y aunque matamos a los que iban en la parte delantera, averiando el coche, se nos escaparon. Les seguimos la pista de lejos, a pie, y localizamos a uno disfrazado de Pierrot. Aprovechándonos de un grupo de máscaras que le envolvieron, pudimos meterle una pistola entre las costillas, llevándonoslo.

Se detuvo en su narración, jadeante, con el rostro aterrorizado.

—Sigue —le apremió Kane.

—El jefe le interrogó a su manera, y lo dijo todo, que era bien poco. Que había venido acompañando a un hombre y una mujer y con la orden de obedecerles. Que sabía el nombre de un alemán llamado Schappe, pero que ignoraba lo que se iba a hacer en Cuba. Era valiente, pero la contemplación de un rostro japonés hablando de tortura y algunas «caricias» que le hicieron para probarle que no era una amenaza tonta le soltaron la lengua. No nos servía. Convencido de que sólo se trataba de un guardaespaldas, el jefe le clavó un cuchillo, y con un coche le abandonamos en el Malecón.

—¿Quién os avisó nuestra llegada?

—Desde Nueva York, añadiéndonos que veníais por unos tubos de un médico norteamericano; algo, por lo que parece que se tiene allá mucho interés. Se lo oí a Okamoto sin que él se diera cuenta de que le escuchaba. No sé más.

—Bien. Has dicho la verdad. ¿Hay en la casa un sitio donde esté seguro?

—En los sótanos, Le amarraremos bien. No te preocupes.

Dos «gángsters» se llevaron al llamado Jim, Kane anunció:

—Pienso actuar esta misma noche. Aguardad preparados mis órdenes.

—Voy contigo, John —se ofreció Sybella.

—No. Prefiero hacerlo solo. Ahora ultimaremos los detalles. Quiero coger unas cosas en mi cuarto.

Salió Kane, dirigiéndose a la alcoba. Al ir a meterse en el bolsillo un manojo de pequeñas ganzúas, su mano, como otras veces, tropezó con un papel. Leyó:

«No intentes nada esta noche. Aguarda a mañana.

Pasea con la mujer por el Prado sobre las ocho. Te daremos instrucciones. —M-l».

Seguro de que el

F. B. I.,

le estaba protegiendo, volvió junto a Tempelt y Sybella, diciendo:

—Lo he pensado mejor. Necesito estudiar aún unos detalles.

Sybella, envolviéndole en una mirada extraña, insinuó:

—Me gustaría salir un rato.

—No es conveniente —repuso Kane, observando a la joven—. Ya

es de noche, y estaremos vigilados. Cenemos aquí, y mañana te prometo sacarte a que veas la Habana.



¡INTRIGA! ¡EMOCION! ¡AMOR!

Encontrará usted en la magnífica Colección

EXTRAORDINARIA DEL OESTE

¡Un éxito más de EDITORIAL ROLLAN!

VI

LOS PLANES SE REALIZAN



UE te ocurre, Sybella? Por dos veces he notado que te parece repugnante el contacto de mi mano, y anoche, durante el interrogatorio, me dirigiste una mirada que no me gustó.

—No te supuse tan cruel, Kane. Me he llevado una desilusión, y además...

—Además, ¿qué?

—Me evocaste tristes recuerdos. Debí haberme marchado.

Los dos jóvenes guardaron silencio. El paseo del Prado estaba

lleno de un público heterogéneo. Mientras bebían un combinado, sentados en una mesa algo separada de las demás, bajo un toldo protector, la mirada de John se perdió a lo lejos, sin precisar ningún objeto. Murmuró, ronco:

—Tengo que cumplir con mi deber.

Apenas hubo pronunciado tales palabras, cuando se arrepintió, pues ella inquirió, observándole:

—¿Tu deber? Es la primera vez que oigo eso de tus labios.

—Y será la última —dijo Kane, rehaciéndose—. No se puede llamar deber a secundar las órdenes de un grupo de asesinos.

En la voz de Sybella se notaba desencanto al responder:

—Sí, es un poco exagerado el concepto, pero... ¿por qué no hablamos claramente los dos? Creo que nos intentamos engañar, sin conseguirlo.

—No te entiendo —replicó él fríamente.

—No quieres entenderme, que no es lo mismo, pero puesto que prefieres que sigamos tratándonos como dos extraños, lo haremos. ¿Qué otro secreto hay en tu vida, John?

El aludido no contestó, y por variar de conversación, dijo:

—Me desagradó mucho que anoche insistieras en quedarte. Formé mal juicio de ti. ¿Crees, en realidad, que puede sentirse lástima por hombre como ése?

—No lo sé, pero utilizaste sus mismos procedimientos, igualándote a él.

La frase se clavó en el corazón de Kane. Estaba enamorado, perdidamente enamorado de una mujer de dudoso pasado, miembro de una cuadrilla de asesinos y traidora a su patria. Él, con tan recto concepto del honor, que siempre huyó de todo lazo sentimental, quería a Sybella, y sus esfuerzos por no evidenciar la pasión que le dominaba eran inauditos. Decidió:

—¿Nos vamos? Son ya las siete y media.

Se levantaron y, luego de abonar el servicio al camarero, que acudió solícito, del brazo, sin hablarse, con el corazón lleno de pesadumbre, caminaron despacio, cruzando frente al teatro Nacional, situado en el Centro Gallero y que se alza en el Parque Central.

—¿Para cuándo debes actuar en el Capitolio? —inquirió Kane.

—Todavía faltan siete días.

—¿Tienes interés en hacerlo?

—Ninguno. —Celebraría regresar pronto a Nueva York.

—Creo que podremos terminar antes de que llegue esa fecha. Con un poco de suerte, espero marchar pasado mañana.

Un nuevo silencio. El muro de realidades criminales se levantó de nuevo entre los dos jóvenes.

John estaba alerta y dispuesto a afrontar lo que viniera. Ignoraba si eran perseguidos por los hombres de Okamoto, como también de qué modo se valdría M-L para transmitirle sus instrucciones, que llegaron de un modo imprevisto. Alguien dijo a su espalda:

—Caballero, perdone, pero se le ha caído esto.

Kane se volvió, divisando a un hombre de mediana edad, que le miraba sonriente, ofreciéndole un bordado pañuelo de pecho. Repuso, mientras lo tomaba:

—Gracias, señor. Efectivamente, es mío.

Y con la mayor naturalidad lo guardó en uno de los bolsillos. Fue entonces cuando se dio cuenta de que aquella cara era la misma del portero que le ofreció su ayuda a la salida del castillo de Atares. Quiso comprobarlo, pero ya no había nadie junto a él.

Estrujando entre sus dedos el trozo de seda, en cuyo interior crujía un papel, preguntó a Sybella, que había seguido atenta el diálogo:

—¿Estás cansada?

—¿Por qué lo dices?

—Por regresar al «chalet» en un coche o dando un paseo.

—Prefiero pasear.

Subieron por el Prado hasta alcanzar la avenida de A. Maceo, más conocida por el Malecón y, desde allí dirigieron sus pasos a su residencia. Una vez en ella, Kane se encerró en su cuarto para leer un papel muy fino, cosido en la seda:

«Sigue al detalle las instrucciones. Irás de gala, con “todo” lo necesario, al teatro Campoamor. Luego dejarás en casa a la mujer y te dirigirás a la residencia del doctor Lufkin, entrando por una ventana del piso bajo. Usando el plano, te dirigirás al laboratorio, y a la derecha de él, en una repisa, hallarás lo que buscas dentro de un estuche. Nadie te molestará. Abandona la

casa, y a las veinticuatro horas justas, la Habana. Se va a armar mucho revuelo con el asunto. Estarás protegido. Lleva un buen coche.

»M-l».

Las indicaciones eran concretas. Kane repasó, por última vez, el plano del hotel que en los arrabales poseía el misterioso doctor Lufkin, comprobando el buen funcionamiento de la pistola, a cuyo cañón adosó un silenciador. Tomó varias ganzúas y el puñal, que nunca se separaba de él, bajando al comedor, donde Tempelt y Sybella le esperaban para cenar:

—Perdonadme la espera —y mientras se sentaba, agregó, dirigiéndose al «boss» del «gang» de la Habana—: ¿Hay algún «Studebaker» en el garaje?

—Sí, uno negro de mi propiedad, pero si lo necesitas, cógelo.

—Gracias. Lo usaré. Estoy muy acostumbrado a él. A las once daré el golpe. Ten preparados a los muchachos, por si os llamara.

—Conforme.

—Sybella, ponte un traje de noche. Vendrás conmigo.

Kane hablaba seco, dando órdenes. Después, sin hacer el menor comentario, tras de cenar ligeramente, subió a su cuarto, vistiéndose con un «*smoking*» de americana blanca y solapas de seda del mismo color.

—En el «*hall*» le esperaba la mujer y Fred Tempelt.

—¿Vamos? Conduciré yo el coche. Aunque se haga muy tarde, aguardad. Yo llamaré, de todas formas.

—Suerte, chico.

—Hasta luego.

Los dos jóvenes, montando en el coche, se dirigieron al teatro Campoamor.

—Bueno. Sybella, como verás, antes engañé a Tempelt al decirle que a las once daría el golpe. No me fío de nadie en este asunto. Cuando entres, di que hice que te apearas en uno de los paseos y que, arrancando, te dejé en tierra. Interesa el máximo secreto.

John había parado el «Studebaker» a unos cien metros del «chalet». La velada en el Campoamor resultó entretenida.

—Así lo haré, pero ¡por Dios, no te expongas demasiado!

—Prometo ser prudente. No hay gran peligro. Hasta luego,

Sybella.

—Adiós, John.

La joven se apeó, recorriendo a pie la distancia que la separaba de la casa y, después de verla entrar, el agente del

F. B. I.,

pisó el acelerador para penetrar, a través de múltiples calles estrechas y sinuosas, en los arrabales típicos de la Habana, donde de vez en vez, se escuchaba el desgarrado lamento de una guitarra.

Obligado por la estrechez de las calles, John conducía despacio, admirando el carácter netamente cubano de las diferentes edificaciones, construidas en su mayoría de ladrillo estucado y caliza. Eran viviendas de un solo piso, semiescondidas entre las palmeras y la abundante vegetación de la isla.

Anduvo aún cerca de un kilómetro, parando en seco el automóvil debajo de unos frondosos árboles. A unos doscientos metros vio un majestuoso edificio, rodeado por un jardín. ¡Había llegado!

Cambió su ropa, por otra negra que se puso en el coche, en previsión y, con las máximas precauciones, se acercó a la verja. Al parecer, nadie le vigilaba y en la casa no se veía una sola luz. Ágilmente escaló la cerca de hierro artísticamente forjada, cayendo de un salto dentro del jardín, agazapándose detrás de unos matorrales. Esperó, trazándose un plan de acción. No podía defenderse, caso de ser atacado, porque los que custodiaban al doctor Lufkin eran ciudadanos norteamericanos y agentes del

F. B. I.,

compañeros suyos. Por fortuna, todo estaba previsto y descartada la violencia.

Sigilosamente, sin reparar en que unos metros más allá espiábale una sombra, fue acercándose a una de las ventanas del piso bajo, empujándola. Las maderas cedieron y de un salto penetró en el interior, alumbrándose con una pequeña linterna sorda que proyectaba contra el suelo un débil rayo de luz. Decidido, recorrió un pasillo y, torciendo a la izquierda, luego de abrir una gruesa puerta de madera con una ganzúa, se introdujo en una gran sala con aspecto de laboratorios. En el lugar en que le indicara el misterioso M-L halló un estuche, conteniendo nueve tubitos y con él en la mano, deshizo lo andado, encontrándose de nuevo en el

jardín. Todo resultó maravillosamente, sin obstáculos, como le anunciaran.

La luna brillaba majestuosa. John Kane, dejando a un lado el estuche de madera, ya en su «Studebaker», puso en marcha el motor y en ese preciso instante sintió la presión de una pistola contra sus costillas y una voz le anunció:

—No te muevas y sigue hasta donde te indique.

¡Había sido cazado estúpidamente!

Seguro de que el menor movimiento de resistencia ocasionaría su muerte, Kane obedeció y el coche se internó más y más en la isla, lejos de la capital.

Mientras conducía con mano segura, John forjó en su mente un plan atrevido y poco a poco fue aumentando la velocidad del automóvil, pero la misma voz de antes le previno:

—Es un truco viejo eso de parar en seco. Ve más despacio, que no tenemos mucha prisa. No olvides que de Okamoto no se burla nadie.

—¡Tenía detrás de sí al «boss» de la criminal organización que intentara asesinarle por dos veces! ¿Iría solo?

La respuesta se la dio una risita ahogada, seguida de un comentario:

—Parece que le has impresionado, jefe. Este tipo nos va a estrellar contra un árbol.

Kane, por unos segundos, había descuidado la dirección del coche y rabioso al pensar que sus atacantes confundieran con miedo lo que sólo era una alta concentración mental, puso todo su cuidado en conducir, pero ya no fue necesario, porque Okamoto le ordenó:

—Para a la derecha, al lado de esa palmera gigante.

Obedeció, saliendo del coche y siempre bajo la presión del revólver anduvo unos pasos, penetrando a través de la ancha puerta de una casa de campo hasta desembocar en uno de esos patios característicos en Cuba, adornados con arbustos y rejas artísticas.

Durante el camino, Kane sólo oía tras de sí los pasos de un solo hombre. ¿Dónde estaba el otro, el que se rió en el interior del vehículo? Al fin, entraron en una amplia habitación, donde cuatro individuos les aguardaban.

—Buena caza, jefe —dijo uno.

—Desde luego, porque además, trae lo que tanto hemos

pretendido obtener —repuso Okamoto.

—No parece tan peligroso como dicen —afirmó un segundo.

Pues lo es, pero nosotros nos encargaremos de limarle los dientes.

John no ignoraba que se hallaba en poder de seres sin escrúpulos para los que las ajenas vidas no tenían el menor valor. El «boss» preguntó:

—¿Lo tenéis todo preparado? ¿El avión también?

—Sí, jefe, todo.

—Entonces, cuando liquidemos a este individuo, me marcharé. Vosotros seguid mis órdenes. Va a producir mucho revuelo la desaparición de los tubos de ensayo. Sin embargo, creo que es mejor que nos diga todo lo que sabe. Por ejemplo, la razón de haber efectuado el golpe así, sin tropiezos, en un hotel custodiado por policía secreta norteamericana.

Kane habíase sentado, sin esposar, sobre una silla de madera, y por primera vez vio el rostro de Okamoto, un oriental de ojos crueles que le miraba confiado en su victoria, mientras jugaba distraídamente con una «Browning». Dijo de pronto, con marcada burla:

—Se nos había olvidado a todos. Desarmadle, aunque para lo que le sirve la pistola...

Uno de los presentes le registró, apoderándose de la «German Luger» y del pequeñísimo encendedor, que Okamoto, curioso tomó en sus manos.

—Pequeño chisme para que pueda hacer daño.

—Es sólo un mechero —repuso John que, íntimamente, habíase forjado un plan—. Enciéndelo, si te atreves.

Okamoto, apuntando hacia el techo, lo hizo y, al ver brotar la llamita azul, dijo:

—Curioso. Estos americanos son el diablo inventando cosas inútiles.

Sacó un cigarrillo, encendiendo de nuevo la «Browning». El japonés era un hombre de refinadas maneras y vestía de etiqueta, por lo que John dedujo que le debió seguir durante, toda la noche.

—Bueno. No podemos perder el tiempo. Antes te he hecho una pregunta que no me has contestado aún. Por si la olvidaste, te la repetiré. ¿Había alguien dentro del laboratorio de acuerdo contigo?

—Sí —afirmó Kane—. Él lo dejó todo preparado.

—Comprendido —prosiguió Okamoto—. ¿Trabajas por cuenta de Alemania?

—Sí.

—¿Quién es tu jefe?

—No lo sé.

—Vaya —comentó el criminal, chasqueando la lengua—. Parecía, al principio, que eras un hombre que sabías perder, pero veo que me he equivocado. Por si lo ignoras, te diré que aquí tenemos unos magníficos métodos de persuasión. En mi país somos auténticos profesionales. ¿Quién es tu jefe y cómo se llama esa chica que te acompañaba?

—¿Para qué quieres saber el nombre de ella?

—No te importa.

Kane, deseando encontrar una solución al enigma y, sobre todo, ganar tiempo en espera de lo imprevisto, comenzó:

—Yo estoy contratado por un «gang» cuyo jefe es un tal Sprague, que habéis apuñalado vosotros. Me limito a obedecer y a cobrar.

—¡Mientes! Gozas de la plena confianza de Otto Schappe. El ignora que le vigilamos tan de cerca. ¿Quién es el jefe? ¿El profesor Grotwohl?

—No lo sé, y te aseguro que digo la verdad.

Okamoto, aceptó:

—Es posible que sea así, aunque lo comprobaremos con tenazas al rojo. ¿Cómo se llama ella? Tal vez pueda informarnos.

John Kane, decidido a morir, calló. Él no ignoraba que si decía el nombre de la muchacha, Okamoto y los suyos la atraerían hasta allí con un engaño, torturándola para que dijera lo que, como él, ignoraba.

—Por última vez. ¿Me dices su nombre?

—Sybella —sonó una voz femenina desde la puerta—. Y he venido para que no se molesten en buscarme.

Todos se volvieron con sorpresa. Ante ellos, la gentil figura de la mujer, esgrimiendo en cada mano un revólver «Colt» del cuarenta y cinco, antiguo modelo, pero de una eficacia extraordinaria.

—Si alguno de ustedes se mueve, tendré que matarle.



—Si alguno se mueve tendré que matarle.

Kane, de un salto, se apoderó de la «German Luger» y del mechero, que sepultó en uno de los bolsillos de su americana. Le interesaba no perderlo, pues había retratado al japonés.

—Tirad los revólveres. Estáis encañonados por la espalda. Okamoto triunfa siempre.

Era la misma voz que se riera en el coche. Titubeando, Kane no obedeció y en un segundo se dio cuenta de lo que se trataba.

—No te asustes, Sybella. Okamoto es ventrílocuo.

Y en ese instante, la habitación quedó a oscuras. Uno de los «gángsters» había arrojado una banqueta contra la única bombilla que iluminaba la habitación, aprovechándose de la indecisión de los dos jóvenes ante el truco del oriental.

Kane disparó tres veces y a su derecha Sybella lo hizo también. Al parecer, no todas las balas se perdieron, pues hubo dos alaridos de dolor. Okamoto y los suyos hicieron fuego, y el joven sintió en su mano derecha un latigazo y el contacto de la sangre. Cambiándose la pistola, disparó, y cogiendo a Sybella de un brazo salieron al jardín.

Una bala se estrelló a pocos centímetros de sus cabezas. Les tiraban desde una ventana.

La «Luger» vomitó una vez más su mortífera carga y un «gángster» que intentó salir en su persecución cayó tendido cuan largo era. Cruzaron el patio y al ir a tomar el automóvil, a través del pequeño jardín, divisó dos sombras, que les acechaban, y torciendo a la derecha internáronse en el campo, mientras los proyectiles silbaban sobre ellos.

—¿Puedes correr más, Sybella?

—Sí; no te preocupes por mí.

Kane se volvió y cambiando bruscamente de dirección se dirigió de nuevo a la casa por la espalda. ¡Necesitaba apoderarse del estuche que robó del laboratorio del doctor Lufkin!

Comenzaron a pasar junto a grandes montones de paja.

—Escóndete ahí y espérame. No habrá nadie dentro y será fácil.

Sybella así lo hizo y Kane, audazmente, penetró por una ventana y tras de recorrer con el máximo de precauciones un largo pasillo, se encontró de nuevo en el patio, que cruzó serenamente, sin aparentar inquietud. Deseaba que, de observarle alguien, le confundiera con uno de los hombres del oriental. Entró en la habitación donde le tuvieron prisionero, sorprendiendo al japonés apoderándose de lo que él iba a buscar. Okamoto intentó defenderse, pero Kane disparó por dos veces, hiriéndole en pleno vientre. La alarma había sido, dada de nuevo, pero no halló ningún obstáculo para abandonar la casa y encontrarse a los pocos minutos

junto a Sybella. Sin duda, todos los «gángsters» estaban fuera, dándoles caza.

Corrieron, alejándose más y más de la carretera y, jadeantes, se detuvieron junto a un avión de un solo motor, con capacidad para dos personas. Sin duda, fue al que se refirió Okamoto cuando comenzó el interrogatorio.

—Da a la hélice cuando yo te diga y sube rápidamente.

John Kane trepó a la carlinga, donde con maestría consumada, ayudado por Sybella, puso en marcha el aparato. Gritó a la muchacha, que subía:

—Abróchate el cinturón de seguridad. Vamos a Nueva York.

A los pocos segundos en avión volaba, guiado por la experta mano de uno de los más brillantes agentes especiales del F. B. I.

El aparato había sido dispuesto por el japonés para un largo vuelo.

Pasaron muy altos sobre la Habana, que relucía como una inmensa ascua de luz. A través del tubo acústico, el preguntó:

—¿Cómo pudiste presentarte allí, Sybella?

—Te seguí en un «Ford» que había en el garaje y luego, mientras penetrabas en el laboratorio, me escondí en el portaequipajes. Los revólveres estaban en la bolsa del vehículo.

Las palabras sonaban metálicas a través del estrecho conducto.

John Kane, mientras se vendaba con un pañuelo la mano derecha, pasada limpiamente de un balazo, pensó que en el trayecto habría de repostarse, por lo menos una vez, de esencia, pero ello no le preocupaba, pues forrada y cosida en la ropa interior llevaba una insignia capaz de allanar todos los caminos. En ella se leía:

«Bureau of Investigation-Fidelity. Bravery,
Integrity».



Colección F. B. I.
¡Un éxito más de EDITORIAL ROLLAN!

VII

OTRA VEZ EN NUEVA YORK



OLO John Kane a través del golfo de Méjico y aterrizó en Raleigh, en Carolina del Norte, donde le fue preciso demostrar su identidad, a espaldas de Sybella, a los agentes del aeródromo, que no sólo se ofrecieron incondicionalmente, sino que le curaron la mano con el botiquín de urgencia. Luego, tras de atravesar el río Soanoke, dirigióse en línea recta a Washington, casi agotados de nuevo los depósitos de gasolina, aterrizó en Nueva Jersey, desde donde, utilizando un coche de alquiler, pasaron el Manhattan por uno de los puentes que cruzan el río Hudson, y desde allí, utilizando el ferrocarril subterráneo, alcanzaron el municipio de Brooklyn, dirigiéndose seguidamente a La Selva Negra.

Durante el largo recorrido, los dos jóvenes, absortos en sus

preocupaciones, apenas si cruzaron la palabra. Solo, en el automóvil, Kane, asió con ternura una mano de Sybella, que le miró con gratitud y emoción, apretándose junto a su hombro, como una gatita ansiosa de caricias. El murmuró:

—Te debo la vida, Sybella.

La muchacha, sonriendo, no contestó nada en el acto, pero pasados unos segundos, dijo:

—No lo creas. Eres capaz de salir por tus propios medios de cualquier peligro. No quiero que me estés agradecido.

John comprendió perfectamente el significado de la frase. Entre un hombre y una mujer, la gratitud es fácil de confundirse con el amor.

Era de noche cuando llegaron a las inmediaciones del «*dancing-hall*». Sybella, indicó:

—Entremos por detrás. No llevamos un aspecto muy presentable.

—Así era. El traje de los dos estaba arrugado y los rostros evidenciaban fatiga. Además, la venda de Kane iba cubierta de sangre y el oscuro pantalón tenía varias manchas.

Penetraron por una estrecha puerta que conducía a las habitaciones interiores y, pulsando el resorte secreto, penetraron en el largo pasillo desembocando en el despacho de Otto Schappe, que estaba vacío. Nada más entrar oyeron sonido de voces en la habitación inmediata, y John, haciendo una seña a Sybella, acercó su oído a la parte de biblioteca, desde donde el misterioso individuo observaba lo que ocurría en la habitación. Pegaron el oído, oyendo cómo el alemán decía:

—Acabo de recibir un «radio» de Cuba, usando nuestra clave. Nos informan de cómo ese John Kane robó los tubos conteniendo los cultivos, desapareciendo con la muchacha. Fred Tempelt me dice que no ha podido, por tanto, cumplir las órdenes que le dimos de suprimirlos a los dos una vez realizada la misión, y que no se atreve ni aun a salir a la calle por el extraordinario revuelo que ha armado la Prensa.

La mano de Sybella oprimió fuertemente la de John. Siguieron escuchando. Una voz de mujer, dijo:

—¿Creéis que pueden traicionarnos?

—No lo sé —repuso Schappe—. Cuando media el interés de la

Patria, hasta los malvados se vuelven, héroes.

Kane sacó despacio a Sybella del despacho, diciéndola, ya en el pasillo:

—No has oído nada. Déjame actuar a mí y ten plena confianza.

Después, pisando fuerte, penetraron de nuevo en la habitación, hablando alto. John llevaba en su mano derecha el estuche con los tubos.

—No hay nadie por aquí —dijo, deseando ser oído—. Lo mejor será que esperemos con tranquilidad. ¿Un cigarrillo, Sybella?

—Trae. Siempre calma los nervios el tabaco.

Cuando encendían, entraron en el despacho Otto Schappe, Kurt Reiman y la extraña mujer a la que vieran varias veces y de la que sólo conocían el nombre, Wilma. John Kane, sin levantarse, empezó, con descaro:

—Ya era hora. Creí que se habían muerto todos ustedes.

—Déjese de bromas —gruñó Schappe—. ¿Trae eso?

—Sí, y nos ha costado conseguirlo bastante más de lo que se imaginan. He tenido que luchar hasta con japoneses. Me parece feo mandarme a una comisión semejante sin informarme debidamente. Perry Sprague se ha quedado para siempre en la Habana y a mí me atizaron un balazo en esta mano. ¿Quieren mandar a alguien para que me cure? La última vez lo hicieron en Raleigh, cuando tuvimos que abandonar el avión, porque se nos acabó la gasolina y no nos atrevíamos a repostar por miedo a las autoridades. Desde allí hemos venido andando, en coche... ¡cómo hemos podido! Y ahora, al llegar triunfantes, lo único que se le ocurre a usted, que no las ha pasado tan negras como nosotros, es preguntarnos únicamente si hemos traído eso, como si no fuésemos personas. Me dan ganas de coger el estuche y estrellarlo contra la pared.

—¡No lo haga! —gritó Otto Schappe, viendo cómo el joven levantaba la mano.

—Tiene razón el muchacho —intervino Wilma—. Somos unos desagradecidos. Yo misma le curaré.

La elegante mujer salió de la habitación. Kurt Reiman se adelantó unos pasos, con la mano extendida en ademán de saludo:

—Le doy mi enhorabuena, señor Kane. Ha llevado a cabo una misión peligrosísima. Será bien recompensado.

—Eso ya es hablar de otra forma. Sybella ha tenido tanto trabajo

como yo. ¿Quieren escucharnos?

Todos se sentaron. Schappe, mientras se disponía a oír la historia, no quitaba ojo del estuche. Entró Wilma portando un botiquín de mano.

—Déjeme que le cure.

Y le miró tan intensamente, que John, por primera vez en su vida, se sintió turbado en presencia de una mujer. Sybella no pudo contener una mueca de disgusto.

John, muy despacio, complaciéndose en cada detalle, fue relatando todas las incidencias de Cuba, desde el trágico carnaval, en que muriera Sprague, hasta la fuga en avión, terminando:

—En resumen: que me he enterado del nombre de ese profesor alemán, al que usted aludió el día en que me informara del viaje a Cuba, doctor Grotwohl. Y ahora quiero hacerles una pregunta.

Wilma, que le miró varias veces con admiración durante el relato, fue la que le animó:

—Diga. ¡Sí tuviéramos muchos hombres como usted!

—Sencillamente. Deseo conocer al jefe de todo esto. Estoy harto de ocultaciones. He cumplido mejor de lo que esperaban ustedes. Supongo que ahora si seré de toda su confianza. No me hubiese sido difícil dirigirme a la Embajada japonesa y venderles lo que tanto han luchado por conseguir, pero ya les dije un día que odio a los traidores. ¿Gozo o no de su confianza, Schappe?

Las palabras eran contundentes y el alemán tuvo que reconocer:

—Efectivamente. Esta misma noche, si le parece, Wilma se encargará de llevarle a él.

Y entonces, John Kane, con el mayor de los asombros, vio cómo Kurt Reiman, el misterioso secretario de Schappe, le hacía señas claras con los ojos para que denegara. Guiándose del instinto, repuso:

—Si puede ser mañana, mejor. Estoy realmente fatigado.

—Me parece muy natural. —Indicó la mujer—. Sí le parece, vendré a buscarle por la tarde, cenaremos juntos y charlará con quien tanto desea.

John Kane, entregando al dueño de La Selva Negra el estuche, preguntó:

—¿Sigo disponiendo de la misma habitación?

—Sí, y hemos dispuesto otra para Sybella, si es que quiere

quedarse.

—Desde luego. Así me podré dormir antes...

ATENCION, LECTOR:

EDITORIAL ROLLAN publicará

¡PARA TUS HIJOS!

UNA REVISTA INFANTE

VIII

UN GOLPE DE AUDACIA



BRUMADO por tantas y tantas emociones, John Kane, el bravo agente del F. B. I.,

se quedó dormido; pero, obsesionado por la seña que viera en los ojos de Kurt Reiman, su descanso fue turbado por unas pupilas que, agrandándose, le fascinaban, impulsándole a caminar sin descanso, milla tras milla, en dirección a un inmenso precipicio, de donde surgía una luz brillante que le daba en los ojos...

Despertó sintiéndose enfocado por una linterna y, al ir a asir la «Luger», que dejara sobre la mesilla, una voz, con marcado acento

germano, le ordenó:

—No te inquietes, muchacho. Necesito tu ayuda.

Kane, que había reconocido al enigmático secretario de Otto Schappe, serenándose, repuso:

—Dime, pero si lo que intentas es una traición...

—Quiero libertar a ese pobre oficial del Servicio Secreto norteamericano. No podemos dejar que le eliminen. Son ahora las tres de la mañana y su muerte está decretada para las cinco. Le arrojarán al estanque, atado de pies y manos, para que se ahogue, sin síntomas de violencia aparente. Luego será fácil tirarle al East River, a través de la alcantarilla. No podemos perder tiempo.

—¿No será todo esto una trampa para que me cojan con las manos en la masa? Porque, sinceramente, no me inspiras ninguna confianza.

—Busca en el bolsillo de tu americana —fue la desconcertante respuesta—. Allí encontrarás la solución.

John obedeció, guiado por algo muy íntimo que le inducía a creer en aquel hombre, y, cuando sus dedos tocaban un papel, recordó las palabras que le dijera el inspector Rowland:

«Le matarán para que no hable. M-3 y usted tendrán que salvarle a cualquier costa».

—¿Tú eres M-Tres?

—¡Qué importa quién sea! Estamos perdiendo un tiempo precioso —repuso Reiman, impaciente.

—Voy enseguida —se decidió John.

Luego de vestirse, armándose, leyó el breve mensaje:

«Obedece. Procura que no te sorprendan, pues mañana es necesario que desenmascares al jefe de todo eso. M-3».

Salieron los dos hombres al pasillo. Reiman indicó:

—Pisa donde yo lo haga. Está todo lleno de trampas.

Descendieron por la escalera de caracol. Los calzados de goma no producían el menor ruido. A veces, el alemán, encogiéndose levemente el cuerpo, saltaba, siendo imitado por Kane, que tomaba buena nota de los lugares. Llegaron al sitio de donde partían los

varios pasillos, tomando el que conducía al pequeño estanque, frente al cual hallábase la puerta del prisionero.

Al abrirla, silenciosamente, casi no pudieron contener una exclamación de sorpresa. Sybella acariciaba el rostro enjuto del hombre que, suelto de sus ligaduras, miró a los recién llegados sin temor. La muchacha, no obstante, reflejó en sus ojos el espanto; pero las palabras de John Kane, dichas en voz muy leve, la tranquilizaron:

—Silencio. Hemos venido a salvarle.

—¿Puedes andar, Travers? —inquirió Kurt Reiman.

—Sí —repuso el interpelado—. Gracias a mi hermana, que lleva cerca de media hora friccionándome las piernas.

—¡¡Su hermana!! Luego entonces Sybella no era...

Interrumpió la meditación de Kane, una orden:

—Vosotros dos me acompañaréis hasta donde os diga, y luego, con todas las precauciones, vais a vuestros cuartos. No sabéis nada de nada. Es preciso que crean que el preso consiguió evadirse por sus propios medios.

Iban a salir cuando les detuvieron los pasos de un hombre que se acercaba.

—¡Quietos! —ordenó el alemán—. Dejadme actuar a mí.

Escondiéronse todos en un rincón, y a poco entraba Philip Ludwell, el «boss» de los pistoleros norteamericanos a sueldo de Schappe. Únicamente vio a Reiman:

—¿Usted aquí?

Más antes de que pudiera reponerse de su asombro, oyó una voz a su espalda:

—No te muevas.

Volvió el «gángster» ligeramente la cabeza, reconociendo a Kane y a Sybella.

—¡Ah, traidores! —rugió.

No llegó a decir más, porque Kurt le propinó un fuerte culatazo en la nuca, haciéndole caer como un fardo.

—Vosotros marchaos. Yo me encargaré del resto. Las circunstancias han variado.

—Pero... —Quiso resistirse John.

—¡Obedezca, agente Wallman! Por primera vez era llamado por su nombre, lo que le indujo a creer en la doble personalidad del

alemán, el cual, desde un principio, le resultó familiar. Cogiendo de la mano a Sybella, le dijo:

Vamos y no te preocupes. El

F. B. I.,

vela por la vida de tu hermano.

Y tras de sortear los lugares peligrosos, del mismo modo que le viera hacer a Reiman, llegaron a la escalera de caracol, sin que ningún obstáculo turbara su recorrido. Una vez arriba, Kane dijo a la muchacha:

—Mañana te espero donde la otra vez, a la misma hora.

Los dos jóvenes se internaron en sus respectivas habitaciones.

Mientras tanto, el que hasta entonces fue secretario de Schappe, cargado con Ludwell, abrió la doble verja que protegía la entrada de una especie de túnel angosto.

—Sígueme, Travers. Conozco esto muy bien.

Y, alumbrándose con una linterna sorda, que espantaba a los murciélagos, caminaron por espacio de cerca de veinte minutos, siempre descendiendo, hasta que hirió sus oídos el sonar de una corriente de agua.

—Ya estamos llegando —afirmó Reiman.

En efecto, a los pocos segundos salieron al exterior, junto a un bloque de cemento cortado a pico sobre el río, que estaba solo a un metro de distancia. Sin duda, aquello se utilizó en tiempos para verter las aguas residuales de una gran fábrica.

Reiman encendió por tres veces la linterna, y a los pocos segundos le contestaron, oyéndose seguidamente un ruido de remos. Una lancha se acercó a ellos.

—A sus órdenes, inspector. Sin novedad —dijo uno de los recién llegados.

—Todo salió bien. Travers irá con vosotros. Cuidadme mucho a este pájaro. Su evasión costaría mi vida.

—Esté tranquilo, inspector.

—Adiós, Travers —dijo Reiman, ofreciendo la mano al enflaquecido hombre, que, emocionado, se la estrechó nerviosamente, acertando solo a decir con voz ronca:

—Suerte.

El alemán consultó su cronómetro, comprobando que eran las

cuatro de la madrugada. Tenía que darse prisa para no ser cazado a su regreso...

—Me llamo, efectivamente, Sybella Travers. Mi hermano, oficial del Servicio Secreto militar norteamericano, fue encomendado de una peligrosa misión: controlar las vidas de cuántos alemanes residieran en Nueva York. Ignoraba qué alcance tendría su cometido; pero una tarde me habló:

«Necesito que me ayudes. Tú cantas bien. Hemos conseguido un contrato para ti en La Selva Negra. Ve a actuar desde mañana y acata sin protestas cuanto se te ordene, comunicándomelo a mi mediante carta que dirigirás a tu mismo nombre, cursándola a casa, y en esta clave. Es algo de vida o muerte para la Patria».

—Yo lo entendí así, pues de no serlo, mi hermano no me hubiese expuesto a una existencia de peligro. Debuté con éxito y transcurrieron monótonos los días, sin que pudiera transmitir ninguna información. Schappe fomentó mi amistad, y una tarde le conté mi historia, una falsa, naturalmente, en la que le dije que, aunque norteamericana, había residido muchos años en Europa, y que allí no triunfé como artista. Le hice ver que era ambiciosa y que mi ambición procedía del constante fracaso.

Sybella hizo una pausa en su relato. Sentados en uno de los rústicos bancos de madera del Central Park, los jóvenes iban abriendo sus corazones a la mutua confianza. John Kane la escuchaba atento, sintiendo que una alegría sin límites íbase abriendo en su alma.

—Otto no hizo ningún comentario, pero a poco me llamó diciéndome que tenía un buen medio para proporcionarme dinero, sin ninguna clase de riesgos. Me fue hablando de una sala de juego primero, de contrabando de heroína después, sin duda para probar progresivamente mi total falta de escrúpulos, que yo aparentaba, hasta que, al fin, me dijo que entraba al servicio de la gran Alemania, fijándome un sueldo por mis actuaciones verdaderamente fabuloso. Acepté, manifestando contento, y día tras día fui obteniendo su confianza hasta encomendarme pequeños trabajos que desempeñé a la perfección.

Hizo una nueva pausa para continuar:

—Una tarde me dijeron que frecuentara el trato fuera y dentro del «*dancing*», de un hombre que acudía allí, pues era un inspector del

F. B. I.

Lo hice, consultando primero a mi hermano, el cual me decía le pusiera sobre aviso. Se llamaba... ¿Cómo se llamaba?

—¿Harry Temple? —inquirió Kane.

—Eso, Temple. Se lo dije y me lo agradeció; pero continuó asistiendo a La Selva Negra. Una tarde me llamó Schappe y, entregándome una bolita como un cañamón, me ordenó que la echara en la copa de ese hombre, procurando que él no me sorprendiera. Me explicó que se trataba únicamente de un narcótico, pero yo comprendí que era un poderoso veneno, y cuando me senté a su mesa se lo conté todo en unas pocas palabras. Él me rogó que simulara echárselo, pero que se lo diera para analizarlo. Bebió la copa, y a los pocos minutos aparentó sentirse indispuesto, rogando a un camarero que le acompañara hasta el coche. Desde entonces no le he visto más.

Kane seguía con una atención extraordinaria el relato.

—Schappe —prosiguió ella— me regaló mil dólares que, como todo lo que percibía, los deposité en los cepillos de San Patricio para obras de caridad y fomento de los cultos. Aquel dinero me manchaba las manos. Pasados tres días hablé con Wilma por vez primera, la cual me rogó fuese al aeropuerto a esperar a un hombre que venía de Alemania, llamado Kurt Reiman, y que, al parecer, era un importante personaje. Así lo hice, y desde entonces consideré a ese hombre como a un individuo cruel, pues los crímenes se acentuaron, casi siempre entre diversos «gang» de la ciudad. Recibí también la orden de Schappe de que te vigilara, y Reiman indicó un día la conveniencia de que trabajaras para nosotros. Por entonces me autorizaron para ir solamente hasta el despacho, utilizando el pasadizo secreto. Cuando entré contigo y me dijiste que se oían quejidos, yo me apresuré a cerrar la puerta.

De las cuatro veces que había entrado, dos escuché los mismos lamentos, pero ignoraba quién los profería. Pensé que allí existirían cámaras de tortura y me horroricé, fortaleciéndome más en mi idea de colaborar con mi hermano para acabar con la cuadrilla de

miserables espías. Aparenté satisfacción cuando tu ingreso porque nos vigilaban. Pero mi corazón sangraba, creyéndote indigno de mi amor. No obstante, tenía una fe ciega en ti y cuando me mentiste, contándome la falsa historia de tu vida, me propuse regenerarte a cualquier costa. No adiviné tu auténtica personalidad, y me negué a declararte la mía. Tenía ya dos motivos de permanencia entre los hombres de Otto Schappe: servir a mi Patria y pedir tu vida como premio a mis servicios.

Sybella calló de nuevo, recordando las horas amargas del dolor y la incertidumbre, John apremió:

—Continúa, por favor.

—Una noche encontré en mi bolso, al llegar al hotel donde me alojaba, una nota firmaba por un signo raro,

«M-2»,

en la que se me decía que mi hermano estaba preso en los sótanos de La Selva Negra. Horrorizada, pensé en si no le torturarían también y aquella misma noche penetré por la puerta secreta, fracasando por ignorar la situación de uno de los timbres de alarma. Me salvaste la vida y te supe bueno. A partir de ese instante mi vida fue un atroz martirio con la idea de salvar al que más quería; pero una nueva nota de

«M-2»

me tranquilizó, indicándome que no corría ningún peligro. Por entonces hicimos el viaje a Cuba y allí deseé quedarme a la tortura por enterarme de los procedimientos que habrían quizá empleado con mi hermano. ¡Me costó mucho resistirlo y más cuando leí en tus ojos un reproche, una mirada de desprecio por mi crueldad!

—Me dolió aquello. Te supuse mala, y ya te amaba.

—Lo sabía. Por fin anoche, cuando regresamos, me dijeron, por vez primera, que podía quedarme dentro, y a las dos y media de la madrugada me dirigí al sótano. Dios me condujo hasta mi hermano, librándome de una trampa que se abrió bajo mis pies. Y llegasteis vosotros a salvarle cuando me creía perdida.

La mujer ocultó su rostro entre las manos, tal vez para borrar el horror de aquellos días en que la muerte se cernió sobre ella. Kane, compadecido, sintiendo que en su corazón se desbordaba la ternura, la besó en la frente, diciéndola:

—No te tortures. Todo acabó ya para ti y ahora empieza una

nueva vida en la que no nos separaremos nunca. Yo soy un agente del

F. B. I.,

en misión de servicio; pero no hablemos más de estas cosas, Sybella, y escucha las palabras que mi corazón te dice...

El diálogo de los enamorados se hizo íntimo, plagado de susurros y suspiros.

Y así transcurrieron las horas con la brevedad de los segundos. Fue Kane el primero en volver a la realidad:

—Escúchame, Sybella, y obedéceme en todo. Ya no corro ningún peligro, pues esta tarde me iré con Wilma a la presencia del jefe. Ese misterioso

«M-3»,

que tanto me ha preocupado, me protegerá, y con él mi organización. Tú no vuelvas por el «*dancing*» hasta que yo no te avise. Irás al Waldorf Astoria pidiendo una habitación a nombre de la señora de Kane. Yo iré a buscarte cuando todo termine, aunque sea de madrugada. Di que tu esposo llevará el equipaje. ¿Lo harás?

—Sí, querido; pero prométeme que no te expondrás mucho.

Los labios se unieron de nuevo y, tiernamente enlazados, el nombre y la mujer representaban un símbolo por encima de la vida y de la muerte...

Montaron en el «Studebaker», que a poco paraba en la Quinta Avenida, junto a la calle Treinta y tres, donde se apeó Sybella. Kane tomó la dirección de la oficina privada del

F. B. I.,

donde halló una orden:

«No se preocupe por lo que pueda sucederle.

»Estará protegido. Si es preciso, tire a matar, pero no se precipite. Actuaremos simultáneamente a las dos en punto de la madrugada. Enhorabuena».

No tenía firma, pero no era necesario. John sabía que fue escrita por el inspector Rowland, del Estado Mayor del

F. B. I.



TODAVIA SIGUE EN VIGOR
nuestro

CONCURSO DE CULTURA POLICIACA

Entérese de las bases en las novelas de:

F . B . I .

EXTRAORDINARIA DEL OESTE

N E V A D A

IX

LA MUERTE TIENE NOMBRE DE MUJER



OHN Kane y Wilma cenaron en el Club Century, rodeados de sabios y artistas, bailando después en uno de los espléndidos salones a los acordes de una orquesta romántica, que sentía extraordinaria predilección por el «vals». La mujer, vestida majestuosamente con un traje negro muy escotado que le llegaba hasta los pies, y un collar de perlas que rodeaba su garganta en un frío abrazo, dejábase llevar en la danza por Kane, a quién enervaba el embriagador perfume.

—Nunca supuse tenerte tan cerca, como ahora, Wilma. Muchas

veces te he visto de lejos o hablando con Schappe y he admirado tu cuerpo de auténtica escultura viviente y tus ojos fascinadores y hermosos. Si algo me decidió a afrontar tantos peligros, fue la idea de estar junto a ti.

La mujer, separándose levemente de John, le preguntó:

—¿Es eso cierto? Yo te había visto numerosas veces a través del observatorio del despacho, pero no supuse esa admiración. Creí que te guiaba la codicia.

—Un hombre solo y decidido puede ganar mucho dinero. Siempre actué independientemente y nunca me faltó. Ignoro quién eres, Wilma, pero yo te adoro desde el primer instante.

La declaración parecía sincera. A lo largo de la succulenta cena, en que bebieron los dos muchas copas de «*champagne*», Kane había ido estudiando la psicología de aquella mujer, llegando a la consecuencia de que estaba poseída de una vanidad y de un orgullo sin límites. Le habló de su pasado, triste y sin amor, observando cómo ella se interesaba, y, llegado el momento oportuno, lanzó la apasionada declaración mientras oprimía contra el suyo el femenino cuerpo.

—Wilma, yo te ruego que me creas. Siempre ignoré lo que era suplicar; pero ahora no vacilaría en hacerlo por obtener de ti una mirada de cariño. ¿Me crees?

—¿Por qué no he de creerte? Yo también deseaba este momento aun cuando no soy libre. Mi vida no me pertenece.

—Pero sí tu deseo de amar, tu felicidad. Sentémonos, querida. Podremos hablar mejor. Si fueras sincera conmigo, yo te libraría de todos los peligros. ¡Me sobra valor para ello!

La jactancia obtuvo el resultado apetecido. La mujer, envolviéndole en una voluptuosa mirada, respondió:

—No hablemos de cosas trágicas. Ignoro si la muerte podrá sorprenderme ahora, o mañana, o dentro de un año. He salido a cumplir una misión que me encomendó Schappe, y a la una es la hora fijada. Mientras tanto, vivamos alegres.

—Bien, Wilma; pero me aburre estar aquí entre tanta gente.

—Tienes razón. Te invito a venir a mi casa, a tomar solos unas botellas de «*champagne*».

John Kane, que era lo que deseaba, aceptó, y el coche se deslizó por las grandes avenidas del Manhattan fabuloso hasta detenerse en

el mismo hotel de la avenida del Parque, donde estuvo a punto de ser asesinado. ¡Sabía que se estaba metiendo en la boca del lobo!

—Que no nos molesten para nada, Dick —dijo la mujer a un criado que salió a recibirles.

—Bien, señora.

Subieron una escalera cubierta por una gruesa alfombra. El interior de la casa estaba adornado con exquisito gusto. Al fin desembocaron en una habitación, y desde allí pasaron a otra íntima, confortable.

Kane consultó su cronómetro. Eran las doce y cuarto de la noche.

—¿Te parece que dejemos solo encendida la luz azul?

—A tu gusto, querida. Desde luego, será mejor. Hay instantes en que la oscuridad y el silencio son más elocuentes que todos los discursos.

La estancia estaba amueblada con varios butacones y un largo sofá tapizado en rojo. En las paredes, junto a pequeños cuadros al óleo representando paisajes, había unos apliques de bronce simulando cabezas de dragones de donde indirectamente surgía una luz azulada, que dejaba en semipenumbra la estancia. A la derecha, un mueble-bar, de donde Wilma sacó unas botellas y copas que dejó en una mesita de centro. Kane observó que al fondo abría una puerta, tapada con una cortina de raso rojo.

—Me gusta este salón. El color rojo es un color de vida.

Entonces Wilma pronunció unas enigmáticas palabras, que impresionaron a John:

—Y de muerte también. La Muerte tiene nombre de mujer. ¿Qué prefieres beber? Ginebra, «*whisky*», ron...

—«*Champagne*», Wilma. Adoro el licor espumoso.

—Voy a salir un momento a pedir que nos lo traigan.

Cuando quedó solo, Kane, aun sabiendo que era muy posible que estuviese vigilado, penetró resuelto en la habitación contigua, oculta por la cortina... Era una alcoba de matrimonio. De la mesilla tomó entre sus manos el retrato de un hombre, con una interesante dedicatoria: «A mi esposa, con todo cariño, Grotwohl». ¡Wilma estaba casada con el sabio alemán!

Salió precipitadamente, no queriendo ser sorprendido; pero reparó en cómo uno de los cuadros que tenía frente a él estaba algo

más torcido, por lo que dedujo que allí existían los mismos sistemas de observación que en La Selva Negra. Convencido de tal realidad, se dispuso a justificar sus movimientos con una habilísima coartada. Cuando entró Wilma con la cubeta de «*champagne*», increpó:

—¿Cómo no me dijiste que estabas casada? ¿Es que te complaces en jugar conmigo?

Ella, levantando la cabeza, repuso sorprendida:

¿Cómo lo sabes?

—He visto el retrato de tu marido sobre la mesilla de tu habitación de matrimonio. Al quedarme solo he transpuesto esa cortina. Quería saber algo más de tu vida, tan llena de misterio. ¡Más me valiera no haberme movido!

Tan perfecto era el tono desesperado de Kane, que la mujer, sentándose junto a él, le dijo:

—No seas celoso. Mi marido es un hombre que solamente se ocupa de sus investigaciones, dejándome en completa libertad. Sólo le interesa Alemania.

—Pero... ¿y si viniera ahora?

—Te presentaría como a un viejo amigo. A él, mientras no le saquen de su laboratorio, no le preocupa nada en este mundo, y, yo soy una mujer joven, intensa, que tiene deseos de vivir...

Había cogido la cabeza de John entre sus manos, taladrándole con la mirada. Luego le besó intensamente en los labios. Kane sintió que una embriaguez se apoderaba de todo su ser y que sus nervios se relajaban ante la imprevista caricia. ¡La boca de Wilma ardía!

—¿Me quieres? —preguntó él.

—Sí, con toda mi alma.

—Pues entonces huyamos de todo lo que nos rodea. Italia, Francia, España, Inglaterra... Cualquiera de estos países nos dará el marco adecuado para nuestra felicidad. ¿Qué me dices, Wilma?

—Que la respuesta te la daré después de la una. Ya sólo faltan quince minutos. Mientras tanto, brindemos, que la vida es hoy más corta que nunca.

Llenó las copas de «*champagne*». Kane tuvo la certeza de que los acontecimientos se precipitarían de un momento a otro, y le pareció que Wilma estaba gozosa, segura de su triunfo. Bebió y, prosiguiendo su papel, dijo:

—Por nuestra felicidad.

—Por nuestro amor —repitió ella, brillándole una chispa de ironía en los ojos.

—¿Tienes un cigarrillo? —pidió Kane—. Terminé los míos en el «Century». Después de conocer por la «foto» la identidad de tu esposo, comprendo que prefieras ese club a cualquier otro.

Wilma, cogiendo una artística caja que contenía cigarrillos turcos, la acercó:

—Sí. Cenamos allí algunas veces, pocas, porque me tiene muy abandonada.

Hubo un largo silencio, mientras los dos aspiraban con deleite el humo del cigarrillo. La mujer le preguntó:

—¿No te emociona la idea de que dentro de unos instantes te hallarás frente al cerebro que desde Norteamérica dirige la red de espionaje de Alemania en todo el Continente?

—No tanto como te supones. Soy hombre poco acostumbrado a asombrarme de nada. La vida me ha hecho muy frío y muy duro. Faltan sólo tres minutos. ¿Vendrá aquí?

—Sí, y con puntualidad germana.

Había en la voz de la mujer una expresión gozosa, triunfante. John se entretuvo en conservar la ceniza del cigarrillo, demostrando a Wilma que sus nervios funcionaban admirablemente. Al fin, en un reloj de cuco, instalado sin duda en la alcoba, sonó una campanada.

—Y bien... —Medio interrogó Kane.

—El jefe no ha faltado a su palabra porque... ¡Soy yo!

—¡Tú! —rugió el hombre, incorporándose con violencia, perdiendo el dominio de sus nervios por el imprevisto descubrimiento. ¡Es posible que dentro del corazón de una mujer pueda haber tanto odio!

Kane la cogió fuerte de los brazos. Allí estaba la que había dado muerte a tres de los mejores agentes del

F. B. I.,

sus grandes amigos. Pero... ¿Acaso había muerto Harry Temple? ¿No le dijo Sybella que le avisó para que tomara el veneno? Sin embargo, las palabras del inspector Rowland no dejaron lugar a dudas. ¡Acabaría volviéndose loco!

Haciendo inútiles esfuerzos por serenarse, John, zarandeando con violencia a Wilma, habló con palabras entrecortadas por la ira:

—¡Y me han becado esos labios que han ordenado muertes y

torturas!

Se apartó con asco y desprecio. Comentó:

—Es pena que tu hermosura vaya a parar a la silla eléctrica. Disponte a salir conmigo sin sembrar la alarma. Te detengo en nombre de la Ley.

—Acerté en que eras un traidor. Morirás —amenazó ella.

—Primero te mataré a ti.

Kane intentó asir el arma, pero una pistola se hundió en sus costillas mientras una voz le ordenaba:

—¡Quieto!

Se volvió. Detrás de él había tres hombres. Uno de ellos, el doctor Grotwohl. ¡Estaba perdido!

Una sombra se deslizaba a través del jardín del magnífico edificio de la avenida del Parque. Por sus movimientos, podía deducirse claramente que el intruso no deseaba ser visto.

Buen conocedor, sin duda, de la topografía del lugar, pronto alcanzó sin tropiezos una de las ventanas del piso bajo, por la que, audazmente, penetró, llegando a el «*hall*», en el que tuvo que esconderse rápidamente para dejar paso a un criado que llevaba en sus manos una larga cuerda.

Subió detrás de él por la escalera de mármol, amortiguándose sus pasos en la alfombra, y pudo oír, desde la entrada de una habitación a la que acababa de pasar el sirviente, cómo una voz de mujer decía:

—Morirás lentamente, deseando mil veces no haber nacido.

Y a Kane, replicar:

—Eres una pobre víbora a la que el

F. B. I.,

arrancará el veneno.

Deduciendo que era el momento elegido, pues dentro debían hallarse todos los habitantes de la casa, el intruso avanzó unos pasos, irrumpiendo en la habitación. En cada una de sus manos llevaba una «German Luger».

—Enternecedora reunión —dijo— por suerte no contaban conmigo.

—¡Harry! —exclamó con júbilo John Kane, mientras se acercaba a él asiendo su pistola.

—Sí. Harry Temple, el inspector del F. B. I., al que todos dieron por muerto. He de agradecerles la corona que depositaron sobre mi tumba.

—¡No es posible! —dijo Wilma—. Yo asistí desde los aires a su entierro.

—Cuando se trata de la defensa de la Patria hasta los muertos resucitan para servirla.

—Pero los muertos vuelven a sus sepulturas —sonó a sus espaldas la voz de Otto Schappe.

Sabiéndose encañonados, los dos agentes se lanzaron contra Wilma y el doctor Grotwohl, que, con otros dos hombres, recibieron la feroz acometida mientras una bala silbaba por encima de sus cabezas.

La habitación se convirtió en un verdadero infierno. Schappe, al intervenir, vióse envuelto en la pelea. Los butacones, las mesas y las sillas fueron derribados una y mil veces. John y Harry se defendían como leones, pero la entrada en la estancia de dos «gángsters», que, sin duda, permanecían en el piso bajo, decidió la contienda:

—¡En pie todos!

Las pistolas que llevaba en sus manos no dejaban lugar a dudas y Temple, y Kane, mirándose, de mutuo acuerdo, accedieron a obedecer, pues resistirse equivalía a un verdadero suicidio. En un segundo fueron atados concienzudamente. Schappe se complacía con crueldad en apretar las cuerdas para que se clavarán en la carne de los dos hombres. Después, guardándose el arma, comentó:

—Parece que he llegado a tiempo.

—Desde luego, Otto, pero de todas formas estos individuos tenían perdida la partida. Ahora podemos repetir sus mismas frases: «Enternecedora reunión». Lo siento por ellos. Son dos valientes pero nos estorban.

John Kane, desde el sillón donde le arrojaron atado, dijo:

—Celebro que me mates, porque si no me va a ser muy difícil borrar de mis labios la repugnante huella de los tuyos.

—¡Calla! Y vosotros contadme las novedades. No os importen los testigos. ¡Para lo que van a vivir! —ordenó Wilma.

Se veía que era la mujer la que mandaba allí. Grotwohl, informó:

—Desde esta mañana vigilan el laboratorio. Con lo indispensable, a través del pasadizo, fui a reanudar mis trabajos en La Selva Negra, pero tampoco me gustó su aspecto. Seguro de que nos han localizado, me trasladé aquí temprano, pero no estabas. Te esperé.

Otto Schappe, por su parte, habló:

—Han rodeado la manzana de casas dónde está instalado el «*dancings*». Cuando he salido, un hombre me siguió, pero pude despistarle fácilmente.

—¿Por qué no utilizaste el río?

—Lo intenté, pero al llegar a él vi canoas de Policía armadas con ametralladoras. El bloqueo es perfecto.

—¿Se supo algo de Travers y de Ludwell? —interrogó Wilma.

—Nada.

Luego de meditar unos segundos, la mujer comenzó:

—Es casi seguro que estos dos hombres pudieran decírnoslo, pero no podemos perder tiempo en un interrogatorio, que por muy duro que fuese, habría de resultar largo. No nos queda otro recurso que abandonar Nueva York utilizando el cuatrimotor. Dije que le tuvieran dispuesto para las dos y media. Nos marcharemos a Europa. De un momento a otro estallará la guerra. Nos seguiremos sirviendo de nuestros agentes secretos. La misión especial que se nos encomendó ha terminado. Hemos resistido el último instante.

Todos asintieron con la cabeza. Ella, dirigiéndose a los dos «gángsters», les ordenó:

—Bajad vosotros y vigilad bien el «*hall*».

Los dos hombres salieron y en este instante Wilma hizo una seña a Schappe, que fue tras ellos, regresando a los pocos segundos. Dijo, mientras limpiaba un puñal ensangrentado con un trozo de camisa:

—Hecho, jefe. Ya no hablarán.

John Kane, desde su sitio, no pudo menos que escupir con desprecio:

¡Cobardes!

Otto Schappe le propinó una patada en la mandíbula e iba a seguir golpeándole cuando Wilma se lo prohibió:

—¡Quieto! Tengo un plan con ellos y no deseo que en los cadáveres se encuentren señales de violencia; pero antes de terminar este asunto, quisiera que me contara Harry Temple cómo

consiguió engañarnos tan hábilmente. Aún falta un cuarto de hora para las dos. En media hora llegaremos al aeródromo.

El aludido, gozoso, pues deseaba ganar tiempo, replicó:

—Lo haré para daros una lección de cómo hay que trabajar y para demostraros que América es invencible.

—Al grano —gruñó Grotwohl.

—El

F. B. I.,

es la más perfecta organización del mundo y no se la puede burlar. Sí fui tan asiduamente a La Selva Negra, sin disfrazarme ni ocultar mi personalidad, era debido al deseo de que atentaraís contra mi vida por dos razones: si el ataque era al descubierto, brutal, y fracasabais, podría detener a los hombres que quisiera sin vulnerar la ley, y sí, por el contrario, utilizabais la astucia, fingirme muerto. Pude conseguir este último objetivo, el más interesante. Vosotros sabíais mi peligrosidad y cuán cerca anduve «vivo» de vuestros secretos. Sobre todo tú, Wilma, a quién hasta hice la corte y todo. No creáis que ignoraba que un hombre vuestro me se guía todos los pasos. Esperé mi oportunidad, y llegó.

Temple hizo una leve pausa. El minuterio del reloj de pulsera proseguía caminando hacia la salvación de los dos agentes.

—Yo fallecí. La Prensa dio la noticia y me extendieron hasta un certificado de defunción. El

F. B. I.,

hace bien las cosas. El hombre que enterraron fue un desconocido al que atropelló un automóvil y que no se consiguió identificar.

Wilma y los suyos seguían interesados en el relato.

Días antes tuvimos noticias de que de Alemania os enviaban un individuo de la máxima confianza y competencia en asuntos de espionaje, llamado Kurt Reiman. No me fue difícil suplantarle en la misma tarde de «mi muerte», adoptando su personalidad, por mi pleno conocimiento de vuestro idioma. El hombre que esperabais nos dijo muchas cosas y está encerrado, dispuesto a declarar para llevaros a todos a la silla eléctrica.

—Tú no lo verás, desde luego —interrumpió Grotwohl.

—¡Quién sabe! Pero de un modo u otro, vuestro fin será el mismo. No lo dudéis.

—Continúa —apremió Wilma, en cuyos ojos brillaba la

admiración.

—Poco queda ya. Avisasteis a Alemania mi llegada y os la confirmaron. Fui el hombre con poderes especiales. Azucé a los otros «gangs» contra el vuestro, siendo el resultado la muerte o la detención de un buen número de indeseables. Yo libérté a Travers e hice que admitierais a John Kane. Le necesitaba a mi lado. Mi caracterización era tan perfecta que no me reconoció él tampoco. Además, el acento germano de mi inglés era para desorientar a cualquiera. Os engañé a todos.

—En efecto; más, al final, has perdido.

—No. En poder del Departamento de Policía obran cuántos antecedentes necesita para apresar a los que componen vuestra red de espionaje. Saqué copia de todos los mensajes, y os hemos lanzado a empresas arriesgadas como la de Cuba, para obtener un soberano fracaso.

—¿Fracaso? Tengo en mi poder lo que se fue a buscar.

—No. Lo que el

F. B. I.,

trajo, tubos inofensivos, falsos. Precisábamos de tiempo para tejer bien nuestra red y ése fue un recurso. Me dolía no haber podido avisar a mi compañero de que el pago de su misión era la muerte, pero confiaba en su valor e inteligencia. Se os presentó cuando menos le esperabais. Ahora, moriremos, no lo dudo, pero vosotros no podréis escapar de la justicia. Están tomados todos los aeropuertos y carreteras de Nueva York.

Wilma, sonriente, replicó:

—Menos uno, el nuestro, disimulado en un pajar.

Callaron todos y la mujer decidió:

—Schappe, rocía el piso bajo de gasolina. Cuando nos marchemos, le prenderemos fuego. Así no dejaremos huella de nuestra presencia aquí y estos hombres morirán, accidentalmente.

El alemán salió y ella penetró en su habitación, cogiendo un abrigo de entretiempo. Dirigiéndose a Temple y Kane comentó, mientras salía, acompañada de los demás:

—Lo siento muy de veras, porque os admiro, pero el interés de la patria es superior al propio corazón.

Y todos bajaron la escalera, dejando solos a los dos agentes.

—Éste es el fin, Harry —comentó John.

—Para ellos, sí; a nosotros aún nos queda vida.

—¿Confías en algo?

El reloj de cuco de la habitación de la alemana dio dos campanadas.

—Sí —dijo el Inspector—. Ahora, Rowland ordenará el ataque en masa.

Los dos oyeron un chisporroteo en el piso de abajo.

—Acaban de prender fuego a la gasolina. ¿Oyes? Los están capturando.

En efecto. Habíanse oído unas detonaciones, que cesaron.

John Kane intentó libertarse de las ligaduras, sin conseguirlo. Harry Temple le advirtió:

—No te molestes. Es imposible librarse por uno mismo. Nos tiraremos al suelo e intentaré desatarte yo, aunque temo que fracase. Requiere más tiempo del que disponemos.

A pesar del grosor de la alfombra, los dos hombres, atados como dos paquetes, sintieron una oleada de calor en sus cuerpos. Por la puerta penetraba el humo ya.

Mientras Harry forcejeaba para librarse de una muerte segura, John le preguntó:

—No quisiera abrasarme sin conocer lo que significaban esas iniciales de

M-Uno,

Dos y Tres.

—Muerto primero, muerto segundo y muerto tercero. Hugh y Romey simularon haber sido alcanzados por una ráfaga de ametralladoras. Necesitábamos desorientar al enemigo.

Temple se destrozaba los dientes en la inútil tarea. Comprendía que la muerte iba a ganarles el terreno. La habitación calentaba como un horno.

—¿Sabían tu mujer y tu madre que vivías?

—No, y eso me tranquiliza. Cuando muera ahora, ya se habrán resignado. Es imposible desatarte, John. ¡Esa víbora calculó bien todas las posibilidades! Dentro de poco, el fuego romperá el techo y caeremos en una inmensa hoguera. Alguna vez tenía que tocarnos.

La voz era ronca. ¡Resultaba muy duro morir después de obtenido el triunfo!

De pronto, con el vestido ardiendo, vieron penetrar por la

puerta, asiendo una «Browning» en su mano derecha, a Wilma, que parecía una «walkiria», con el cabello de fuego. Cayó a pocos metros de ellos, incendiando unos cortinajes. Gritó, con voz en la que se reflejaba el inmenso dolor que el fuego la producía y el odio que la dominaba, por encima del instinto de vivir.

—Vengo a mataros por mi propia mamó.

Era increíble la resistencia de aquella mujer.

Apuntó a John Kane, que la miró sin pestañear, y, de pronto, perdió el conocimiento. Las llamas aumentaron en torno suyo y un olor a carne quemada saturó la atmósfera.

Harry Temple se arrastró hasta llegar junto a ella, y de espaldas, puso sus brazos atados sobre el fuego, contrayendo las mandíbulas, para resistir el insoportable dolor de las quemaduras. Al fin, ropa y cuerda, ardían, y el bravo inspector, arqueando los brazos, se vio libre, apresurándose a quitarse la americana y la camisa, que llameaban, quedando con el torso desnudo, igual que gigantesco titán. Rápidamente se desató las piernas, libertando a Kane. Medio ahogado por el humo asfixiante, salieron de la habitación en el preciso instante en que el suelo se derrumbaba con estrépito. El estrecho pasillo que desembocaba en la escalera, aún no había sido alcanzado por el fuego; pero, cuando llegaron a su final, vieron que el «*hall*» era una inmensa hoguera.

Intentaron retroceder, pero las llamas les cortaron el paso. Temple tropezó en un hombre caído. Tenía una puñalada en la espalda. Era uno de los dos «gángsters», a los que asesinó por la espalda Otto Schappe. El otro, unos metros más allá, ardía como una gigantesca antorcha. Dentro de poco, ellos dos no serían otra cosa que un montón de cenizas. ¡Estaban bloqueados por el incendio, que se acercaba más y más!

—La escalera de mármol ato resiste, Kane. Hay que decidirse a salir. Yo iré primero. Todo menos morir sin lucha... Cúbrete el rostro con la americana y aspira todo el aire que puedas...

Harry Temple quitó la chaqueta al muerto y caminó hacia una muerte segura.

¡ATENCIÓN, JOVENES!

LA REVISTA INFANTIL QUE ANSLAIS:

EDITORIAL ROLLAN OS OFRECERA

ARGUMENTOS DEL F. B. I.

Presentación exquisita :-: Acción trepidante

LA RECOMPENSA DE LOS HÉROES



gritaba a sus hombres:

—¿Cómo es que no están ya aquí los servicios de incendios? Se van a achicharrar dentro.

—Los hemos avisado hace tres minutos. No pueden tardar, pero aún es pronto —replicó un agente.

—¡Pronto!... ¡Pronto!... Esos hombres no pueden morir. Hemos de salvarles.

—Es imposible, inspector. No se puede entrar. Los dos que lo han intentado siguen sin conocimiento.

OWLAND, impotente,

El hombre del Estado Mayor del

F. B. I.,

iba de un lado para otro, nervioso. Se paró delante de Otto Schappe, esposado. El brazo derecho del alemán sangraba:

—¿Se puede pasar a la casa por otro lugar?

—No —repuso, seco, el germano—, pero aunque se pudiera no lo diría.

Conteniendo sus deseos de estrangular al miserable, Rowland oyó con gozo unas sirenas, viendo cómo, a la máxima velocidad, aparecían por la avenida del Parque varios coches, de los que se apearon hombres vestidos de cuero, que, en un segundo, tuvieron todo preparado.

Travers, el oficial del Servicio Secreto norteamericano, que recobraba el conocimiento después de un desesperado intento de entrar en el «chalet», se puso junto a uno de los que portaban las mangas de riego, que comenzaron a expeler grandes cantidades de agua sobre las ventanas.

El espectáculo era imponente. Las llamas surgían de todas partes, envolviendo de rojo la que, minutos antes, era hermosa edificación. La noche se cubría de tonalidades escarlatas.

¡Resultaba increíble que dentro pudiera quedar alguien con vida!

Todos, que tenían los ojos puestos en la puerta de entrada, vieron aparecer, de pronto, dos seres ardiendo. Travers, en un segundo, arrebató una manga a uno de los bomberos, dirigiendo el chorro de agua contra los aparecidos, que, bajo él fuerte golpe, cayeron al suelo.

Rowland y varios de los suyos se apresuraron a recogerles, y lo hicieron a tiempo, pues a los pocos segundos el «chalet» se derrumbaba con estrépito...

Cuando John recobró el conocimiento lo primero que vio fue la cara de Sybella, que le miraba, sonriendo. Detrás de él, su hermano.

Cerró los ojos, creyendo ser víctima de una pesadilla, y al abrirlos de nuevo, preguntó:

—¿Y Harry?

—Sin novedad —le contestó una voz—. Vuélvete, si puedes.

John Kane así lo hizo, viendo a su compañero, vendadas las

manos. Junto a él, una viejecita lloraba de alegría y una mujer joven le miraba con amor.

—Ahora sí que puedo decir que he resucitado, Kane. Nunca creí que saldríamos con vida; pero está visto que aún tenemos que dar mucha guerra.

John recordó por un instante los segundos espantosos que pasara al cruzar lo que le pareció un mar de fuego. Preguntó:

—Harry, ¿tengo señales en el rostro?

—No. Las chaquetas nos protegieron.

Kane, volviéndose a Sybella, agregó:

—Lo decía pensando en ti, querida.

La muchacha iba a besarle, cuando la puerta se abrió, penetrando por ella el inspector Rowland acompañado del director del hospital.

—Puede hacerlo, señorita. Soy casado y tengo varios hijos. Además, su cariño es lo mejor que puede darle al inspector Wallman.

John abrió los ojos con asombro, diciendo:

—Querrá decir agente.

—No, inspector —reafirmó Rowland, gozoso—. Y en cuanto a usted, Harry, dispóngase a ocupar la primera vacante que quede en el Estado Mayor.

Los ojos de los dos hombres brillaron de alegría. Por si las buenas noticias fueran pocas, el doctor anunció:

—Dentro de varios días podré darles el alta. No tienen lesiones de importancia.

Y entonces sucedió que los brazos de los heridos se atizaron para atraer sobre sus cabezas las de las mujeres, uniéndose los labios en un beso inacabable.

El inspector Rowland, mientras salía, comentó con el médico:

—Éste es el mayor premio de los hombres. ¡Pobre del que triunfa en la vida y no obtiene el amor como recompensa...!

FIN

VENCEDORES

EN LA

Encuesta sobre el F. B. I.

En los salones de esta EDITORIAL, y en presencia de conocidos escritores, se ha verificado el escrutinio, resultando ganadora, por 750 votos de ventaja, la siguiente clasificación:

TITULOS	Clasificación
EL COBARDE	3
EL REY DEL HAMPÁ	5
¡CULPABLE!	1
LUCHANDO EN LA SOMBRA ...	4
LA HORA GRIS	2

Como detalle complementario damos a continuación las veces que cada novela ha sido calificada de mejor, con el número 1:

¡CULPABLE!	3.971	votos
EL COBARDE	1.113	»
LA HORA GRIS	410	»
LUCHANDO EN LA SOMBRA ...	208	»
EL REY DEL HAMPÁ	125	»

Realizado a continuación el sorteo de las VEINTE COLECCIONES DE NOVELAS entre los acertantes de la clasificación ganadora, han sido agraciados los siguientes:

Don MANUEL AMBROS PALANCA. San Vicente, 117, Valencia.

Don LUIS CARRANCEDO. Paseo de Pereda, 25. Santander.

Dña ISABEL AMPUDIA. Rúa de los Notarios, 20. Zamora.

Don PEDRO PENARREDONDA. «La Casita», Llanes (Oviedo).

Don ALBERTO MUÑOZ. Muñoz Ubeda, 5, Manzanares (Ciudad Real).

Don PEDRO BLANCO. Conde de Peñalver, 5, Madrid.

Don ISAAC GRACIA. San Juan y San Pedro, 9, Zaragoza.

Don ADOLFO LOPEZ. Santa Lucía, 1, Haro (Logroño).

Don JULIO LEAL. Luchana, 27, Madrid.

Dña MARIA FERNANDEZ. Capitán, 50, Aranjuez (Madrid).

Don EMILIANO BLANCO. Santa Olalla, 1, Carriches (Toledo).

Dña MARIA DEL CARMEN MADARIAGA. Andrés Mellado, 33, Madrid.

Don FEDERICO PINOL. Ensanche, 4, Huesca.

Don PEDRO IGNACIO DE PABLO. Zabaleta, 32, San Sebastián.

Don JULIAN JIMENEZ. Carnecería, 3, Linares (Jaén).

Don FRANCISCO SERRA DURAN. Lope de Vega, 52, Barcelona.

Don FERNANDO VICTORIA. Plaza Esquive, 7, Sevilla.

Don DANIEL PERAZA. Bernabé Rodríguez, 7, Santa Cruz de Tenerife.

Don RAFAEL JUAN MACIA. General Primo de Rivera, 29, Elche (Alicante).

Don ELIAS ARIAS. Ibáñez de Bilbao, 105, Bilbao.

A estos concursantes se les remitirán los premios por Correo, como impresos certificados.

EDITORIAL ROLLAN agradece el magnífico entusiasmo del público español, felicita a los vencedores y exhorta a los demás a tomar parte en los muchos e interesantes concursos que tiene en preparación.

Madrid, 31 de mayo de 1950.

¡Un nuevo triunfo de la
COLECCION F. B. I.!

El hombre de las 3 caras

¡ARGUMENTO TREPIDANTE!

¡ESCENAS DRAMATICAS!

¡INTRIGA ARROLLADORA!

El hombre de las 3 caras

es la mejor creación del aclamado escritor **A. G. Murphy**. En esta obra maestra ha conducido a los agentes del F. B. I. por caminos plagados de traiciones, acechanzas y fracasos, hasta encontrar a

El hombre de las 3 caras

¡EL HOMBRE DIABOLICO QUE
ATEMORIZO A LA POLICIA!

El hombre de las 3 caras

FIGURARA CON UN PUESTO
DE HONOR EN LAS MEJORES
BIBLIOTECAS.

¡Atención al próximo número!

NOTAS

[1] Ferrocarriles elevados o aéreos. < <

[2] Buen tirador. < <

[3] Rascacielos. < <

[4] Abogado. Privado. < <